

Unicuique suum



Non praevalent

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN EN LENGUA ESPAÑOLA





Sumario

EDITORIALES

Para evitar la tentación de pasar de largo
ANDREA MONDA en páginas 3-4

VISITA A LAMPEDUSA

Trece años después del histórico viaje
de Francisco, el Pontífice visita la isla italiana
de Lampedusa en página 6-8

El viento de Lampedusa
SILVINA PÉREZ enpágina 9

CONSISTORIO

Santa María la Mayor recuerda a Francisco
en el primer aniversario de su fallecimiento
ROCÍO LANCHO en páginas 11-12

MAGNIFICA HUMANITAS

Entrevista con Jesús Avezueta,
director de la Fundación Pablo VI
ROCÍO LANCHO GARCÍA EN PÁGINAS 14-17

CONSISTORIO

Santa María la Mayor recuerda a Francisco
en el primer aniversario de su fallecimiento
ROCÍO LANCHO en páginas 11-12

LOS ESCRITORES CON EL PAPA

Entrevista a escritora española Julia Navarro
ARTURO LÓPEZ en páginas 19-20

Entrevista con el escritor israelí Assaf Gavron
ARTURO LÓPEZ en páginas 21-22

NOTICIAS VATICANO

El Papa entró en Madrid “por la puerta
de la caridad” para encontrarse con
los olvidados de la ciudad
LORENA PACHO EN PÁGINAS 24-26

DOCUMENTACIÓN PONTIFICIA

Intervenciones en páginas 28-61



L'OSSERVATORE
ROMANO

Edición
en lengua española

Director editorial
ANDREA TORNIELLI

Director
ANDREA MONDA

Encargada de edición
SILVINA PÉREZ

Edición
ROCÍO LANCHO GARCÍA
ARTURO LÓPEZ RAMÍREZ
LORENA PACHO PEDROCHE

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.or@spc.va
www.osservatoreromano.va
Servicio fotográfico
teléfono +39 06 698 45851/45852
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va
www.photo.vaticanmedia.va
Suscripción anual: 40 €
Departamento de suscripciones
(de 9:00 a 14:00)
Teléfono: 06 698 45450/45451/45454
e-mail: info.or@spc.va – diffusione.or@spc.va



Para evitar la tentación de pasar de largo

ANDREA MONDA

“**H**oy Lampedusa y Linosa se encuentran en un camino peligroso, como el que bajaba de Jerusalén a Jericó”. El Papa León, en Lampedusa, nos recuerda que todos los seres humanos, al recorrer los caminos del mundo, tarde o temprano se ven expuestos al peligro, ya sea de ser atacados o de ser meros transeúntes y, por lo tanto, testigos, con la conciencia interpelada por la escena. Y aquí entran en juego las dos dimensiones que hacen a esos seres verdaderamente humanos: el amor y la libertad.

“La parábola nos lo relata”, enfatizó el Papa: “El amor está siempre en la libertad y la libertad está en las decisiones. Hay también quien elige no hacerse prójimo y quien decide no decidir”. Y luego pronunció palabras claras y duras: “Los muertos en este mar son víctimas ya sea de decisiones tomadas o de decisiones omitidas. El desinterés por el bien co-

mún y la corrupción en los lugares de proveniencia, un sistema económico mundial que genera pobreza y exclusión, el miedo que fomenta prejuicios y desprecio, el pensamiento de que estos problemas no nos competen, los cálculos criminales de quien se lucra a costa del drama de otros, el paso lento y difícil de una mera gestión de las emergencias a la elaboración de políticas orgánicas y compartidas: todo esto reproduce, hoy, el apresurado ‘pasar de largo’ (cf. vv. 31.32) del relato evangélico”. La responsabilidad recae en todos. Los líderes políticos, sin duda, están divididos y enfrentados, llegando incluso a convertir la cuestión migratoria no en el tema central, sino en una oportunidad para explotar los miedos con la esperanza de obtener ventajas electorales. Pero la responsabilidad también recae en las religiones: en ese camino, hombres de la Iglesia caminaron antes que el samaritano, y sin embargo, pasan de largo, mirando hacia otro lado. En este punto, las palabras del Papa son contundentes y mordaces, señalando a quie-

nes viven su religiosidad con el temor a “contaminarse por entrar en contacto con los demás, negando así —incluso ante el sufrimiento y la muerte— el origen común en Dios, la infinita dignidad de cada ser humano y la llamada al amor sin límites. Es tiempo de reconocer y afirmar que la pertenencia religiosa no debe convertirse jamás en motivo de discriminación, como si la fe tuviera límites y no fuera, en cambio, llamada universal a la salvación”.

No solo la política y la religión, sino todos, sin excepción. La referencia a la “prisa por pasar de largo” es impactante.

Evoca la actitud de quienes hoy, en cada rincón del mundo, consultan sus teléfonos, desplazándose por la pantalla. Todo se ve casi por casualidad y pasa desapercibido en la inercia de una indiferencia vacía y apática. Ahí reside la raíz del desastre humanitario que el Papa llegó a experimentar de primera mano en esta pequeña isla mediterránea: en esa indiferencia resignada y desesperada. Es aquí donde incluso el Evangelio, dijo el Papa, corre el riesgo de callar, “donde cada uno hace de sí mismo una isla, donde se evita el contacto y el intercambio se interrumpe”. Una vez más, el Pontífice está allí, donde la herida sangra, y trabaja para construir puentes entre los seres humanos, y por eso su fuerte clamor, el de quien no silencia sino que busca tocar los corazones, el de quien está dispuesto a escuchar su voz. Todos nosotros tenemos la responsabilidad de dejarnos tocar, contaminar por el contagio del amor y detenernos, sin pasar de largo.





Trece años después del histórico viaje de Francisco, el Pontífice visita la isla italiana

Víctimas también de las decisiones que no se toman

En Lampedusa atraviesa la Puerta de Europa

SILVINA PEREZ

Una oración silenciosa ante las tumbas de los migrantes, el paso en solitario a través de la Puerta de Europa, el encuentro con quienes llegaron a la isla después de atravesar el Mediterráneo y la celebración de la Eucaristía con la comunidad local marcaron la visita de León XIV a Lampedusa.

Trece años después del histórico viaje realizado por el Papa Francisco el 8 de julio de 2013, el Pontífice regresó el sábado 4 de julio a esta pequeña isla situada en el extremo sur de Italia para recordar que el drama de quienes huyen de las guerras, el hambre y las persecuciones continúa interpelando la conciencia de Europa y del mundo.

La visita, de unas tres horas y media de duración, comenzó con la llegada del Papa al aeropuerto de Lampedusa, donde fue recibido por las autoridades civiles y religiosas. Cerca de cuatro mil personas participaron en los distintos momentos de la jornada, mientras desde los balcones del centro habitado colgaban pancartas con la inscripción “Benvenuto Papa Leone”. La primera etapa fue el cementerio de Cala Pisana. Allí descansan decenas de migrantes muertos durante la travesía del Mediterráneo y cuyos cuerpos fueron recuperados del mar. Algunas tumbas conservan los nombres de las víctimas. Otras recuerdan solamente una fecha, un naufragio o las circunstancias en las que fueron encontrados los cuerpos.



Hombres, mujeres y niños que la comunidad de Lampedusa ha querido acoger también después de la muerte, preservando su memoria frente al riesgo de que sus historias desaparezcan junto con su identidad.

El Pontífice depositó una corona de flores y después se arrodilló ante las tumbas. Durante unos minutos permaneció recogido en oración.

No hubo discursos ni palabras públicas. Solo el silencio ante quienes perdieron la vida intentando alcanzar las costas europeas.

Un gesto que volvió a poner en el centro de la visita el drama humano que desde hace décadas acompa-

ña la historia de esta isla, donde pescadores, voluntarios, fuerzas del orden, operadores humanitarios y ciudadanos participan en las operaciones de socorro y acogida de quienes llegan exhaustos después de atravesar uno de los tramos más peligrosos del Mediterráneo.

Desde el cementerio, León XIV se trasladó hasta la Puerta de Europa, el monumento de cinco metros de altura que mira hacia Libia y recuerda a los migrantes que murieron durante la travesía.

Antes de acercarse al monumento, el Papa encontró a una familia de migrantes y a otra familia que adoptó a un joven llegado solo a Italia.

Después tomó de la mano a dos niños y caminó con ellos hacia la Puerta.

A pocos pasos del monumento, los dejó y continuó solo.

León XIV atravesó en solitario la Puerta de Europa y permaneció durante unos instantes frente al Mediterráneo. Una imagen que recordó los viajes de miles de personas obligadas a abandonar sus hogares, sus familias y sus países para huir de las guerras, la pobreza y las persecuciones.

La Puerta de Europa, situada frente al mar que separa las costas africanas de las europeas, representa desde hace años el límite entre el final de una travesía y el comienzo de una nueva vida. Pero recuerda también a quienes nunca consiguieron llegar.

Durante el encuentro, el Pontífice recibió uno de los regalos más sencillos y significativos de la jornada. Un balón, se lo entregó un joven que había llegado a Lampedusa diez años antes después de perder a su madre durante la travesía.

En el mensaje leído ante el Papa recordó que, durante aquellos días, dejó de llorar solamente cuando alguien le regaló una pelota hecha de papel.

“Espero que este balón pueda llegar a otro niño y hacerlo feliz como lo fui yo”, escribió. León XIV escuchó en silencio su testimonio y recibió el balón.

La visita continuó en el muelle Favalaro, uno de los lugares simbólicos de Lampedusa, donde desembarcan las personas rescatadas en el Mediterráneo. Allí el Pontífice bendijo una placa colocada sobre una estela de piedra caliza que desde ahora da un

nuevo nombre al lugar, “Molo Papa Francesco”.

La iniciativa recuerda el vínculo del Pontífice argentino con la isla, elegida el 8 de julio de 2013 como destino del primer viaje de su pontificado fuera de Roma.

En aquella ocasión, Francisco denunció la “globalización de la indiferencia” y pidió al mundo que no permaneciera insensible ante las muertes de quienes intentaban atravesar el Mediterráneo.

León XIV recordó a su predecesor y

aseguró a los habitantes de Lampedusa la cercanía de la Iglesia.

“El Papa os sostiene y os anima”, afirmó, subrayando que la dedicación del muelle a Francisco representa un signo concreto de la continuidad de este vínculo con la comunidad local.

La última etapa de la visita tuvo lugar en el campo deportivo Arena, donde cerca de cuatro mil fieles participaron en la celebración eucarística presidida por el Pontífice.



“He venido a celebrar la Eucaristía”, dijo León XIV. “Aquí, más que las palabras, hablan los gestos. Pero los gestos, para ser humanos, necesitan un corazón”.

En la homilía, el Papa amplió su mirada al fenómeno migratorio y a las responsabilidades de Europa y de la comunidad internacional.

Habló de una “responsabilidad histórica” y recordó que quienes mueren

en el Mediterráneo son víctimas no solo de las decisiones que se toman, sino también de aquellas que no se toman. Una afirmación que volvió a situar en el centro la necesidad de superar una gestión exclusivamente basada en la emergencia y construir políticas capaces de acoger, proteger, promover e integrar a quienes se ven obligados a abandonar sus países.

Al mismo tiempo, León XIV exhortó a los habitantes de Lampedusa a no dejarse vencer por el miedo y a continuar siendo un ejemplo de fraternidad y acogida. Una tarea que la isla desempeña desde hace décadas.

Situada en el centro del Mediterráneo, Lampedusa se ha convertido en uno de los principales lugares de llegada de las rutas migratorias hacia Europa, pero también en símbolo de las tragedias que acompañan estos viajes.

Aquí el mar es al mismo tiempo lugar de encuentro y escenario de naufragios. Frontera de Europa y punto de llegada para quienes consiguen sobrevivir a la travesía.

El 8 de julio de 2013 Francisco eligió esta isla para denunciar la indiferencia ante las muertes en el Mediterráneo y preguntar quién había llorado por las víctimas.

Trece años después, León XIV regresó a Lampedusa siguiendo idealmente las huellas de su predecesor.

Lo hizo a través de una serie de gestos que marca-



ron la jornada, la oración ante las tumbas de los migrantes, el paso en solitario por la Puerta de Europa, el encuentro con quienes llegaron a la isla después de haber perdido familiares durante la travesía y la dedicación del muelle Favalaro al Papa Francisco. Gestos que volvieron a recordar que detrás de las cifras de los flujos migratorios hay personas, familias e historias.

La visita de León XIV no pretende ignorar las dificultades que plantea la gestión de los movimientos migratorios. Pero vuelve a llamar la atención sobre la responsabilidad de la comunidad internacional ante quienes pierden la vida en el Mediterráneo y sobre la necesidad de que el dolor de miles de personas no termine convirtiéndose en una realidad aceptada como inevitable.

Desde las tumbas del cementerio de Cala Pisana hasta la Puerta de Europa, desde el muelle dedicado a Francisco hasta la celebración eucarística con la comunidad local, Lampedusa volvió a convertirse durante unas horas en el lugar desde donde el Obispo de Roma recordó al mundo que cada persona rescatada del mar es una vida que puede comenzar de nuevo y que cada tumba sin nombre conserva una historia que no debe ser olvidada.

Mientras hombres, mujeres y niños sigan confiando su vida al Mediterráneo para huir de las guerras, el hambre y las persecuciones, esta pequeña isla continuará siendo una frontera geográfica y, al mismo tiempo, una llamada a la conciencia de Europa.

El viento de Lampedusa



SILVINA PÉREZ

En Lampedusa, el viento no da tregua. Llega del mar, atraviesa la pista del aeropuerto, se cuela entre las vestiduras blancas del Papa y le arrebató una y otra vez el solideo. León XIV intenta sujetarlo con una mano, inclina la cabeza y sigue sufriendo. Trece años atrás, en esta misma isla, Francisco confió al mar una corona de flores y dejó a la Iglesia una pregunta que aún no ha encontrado descanso, “¿Dónde está tu hermano?”. Desde entonces, el viento no ha dejado de soplar sobre Lampedusa. Ha pasado sobre nuevos naufragios, nuevas travesías, nuevas tumbas sin nombre. Hoy parece traer consigo aquella memoria para entregársela a otro Papa y a una Iglesia llamada, una vez más, a ser la presencia física de Jesucristo en el mundo de hoy. León XIV ha venido hasta aquí también por eso. Y Lampedusa lo recibe como sabe hacerlo sin resguardo, con el mar delante, la memoria a sus espaldas y el viento de cara. (Silvina Pérez)





Reflexiones sobre la esperanza, la Magnífica humanitas y el Sínodo

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El Colegio cardenalicio se reunió en el Vaticano, los días 26 y 27 de junio, convocados por el Papa León XIV para celebrar el Consistorio extraordinario. El trabajo se estructuró en torno a tres temas: compartir el sufrimiento y los signos de esperanza asociados a la situación internacional, reflexionar sobre algunos de los temas de la encíclica *Magnífica Humanitas* y actualizar el proceso de implementación del Sínodo. Después de la celebración de la misa en la basílica de San Pedro, en la mañana del viernes inició en el Aula Pablo VI la primera sesión del Consistorio. Estaban presentes 178 cardenales, reunidos en las mesas según los grupos de trabajo de pertenencia, 8 de cardenales electores ordinarios y 10 grupos de cardenales electores de la Curia Romana y cardenales no electores.

Después del canto del *Veni Creator*, el cardenal Rueda Aparicio, encargado de moderar la primera sesión, dio inicio a los trabajos y cedió la palabra al cardenal Re, decano del Colegio Cardenalicio, que dedicó unas palabras a los presentes. A continuación, tomó la palabra el Santo Padre León XIV para su intervención introductoria, en la que aseguró a los presentes: “necesito su apoyo: fuerte, explícito y público. Necesito sentirme sostenido por ustedes como por hermanos”, porque “el ministerio que el Señor me ha confiado no puede vivirse en soledad”.

Después, el cardenal Aparicio presentó la sesión titulada “¿En qué mundo estamos llamados a anunciar el Evangelio?”. Y finalmente, el cardenal Ryś realizó una meditación bíblica para introducir la reflexión en los grupos de trabajo sobre los “sufrimientos, tensiones e interrogantes que atraviesan hoy los pueblos y las comunidades eclesiales” y sobre los “signos de esperanza, de fidelidad al Evangelio y de posible reconciliación para llevar a la es-



cucha común”. Después de un momento de oración silenciosa, los cardenales tuvieron tiempo para compartir en sus grupos. En la puesta en común, todos los grupos subrayaron, con profunda conciencia, el sufrimiento vivido por los hombres y las mujeres de nuestro tiempo de profundas transformaciones sociales. Entre los temas que surgieron para dar respuesta a la primera pregunta estaban “la creciente polarización dentro de las sociedades y comunidades, generadoras de tensiones políticas y de violencia, y alimentada por las fracturas sociales, por el uso de información falsa y por una comunicación masiva que no favorece el encuentro”. Frente a los diversos escenarios que se plantearon, y ante el sufrimiento descrito en varios niveles, todos los grupos evidenciaron la necesidad de que la Iglesia se muestre madre, lugar acogedor, capaz de reconocer los propios errores y hacer del sufrimiento una ocasión de crecimiento y recordar al mundo que constituye una única familia humana.

Durante todas las sesiones, el Papa León XIV estuvo presente desde el inicio hasta que comenzaba el trabajo en grupo, para regresar cuando se realizaba la puesta en común.

El viernes por la tarde, el encargado de moderar fue el cardenal Siongco David, quien dedicó unas palabras sobre la dolorosa situación de Venezuela y las víctimas del terremoto. Después de la oración

común, el cardenal introdujo la sesión titulada “La cultura del poder y la civilización del amor”, dedicada a la reflexión sobre el capítulo V de la Encíclica *Magnifica Humanitas*. A continuación, tomó la palabra el cardenal Fernández, para su intervención de introducción. Después de un tiempo de silencio y oración, se retomó el trabajo en los grupos.



En esta sesión, las intervenciones de todos los grupos manifestaron una clara conciencia de las dificultades del tiempo presente, de la fuerza deshumanizadora de la cultura del poder, de su universalidad, de la tentación de conformarse con las lógicas de los poderosos, de normalizar la guerra y la polarización que conducen a una disminución del umbral de tolerancia hacia la violencia y a una peligrosa simplificación en la búsqueda de soluciones. Además, todos los grupos expresaron la profunda y urgente responsabilidad de la construcción de la paz y de la civilización del amor. En muchas de las intervenciones se manifestó una profunda gratitud al Santo Padre por la encíclica y el compromiso unánime a apoyarlo y unirse a su llamamiento por la paz y a su condena de la guerra. El segundo día del Consistorio inició también con la misa, celebrada por el cardenal Re. Después, reunidos en el Aula Pablo VI, comenzaron los trabajos moderados por el cardenal Rugambwa. El Papa León XIV guio la oración del *Adsumus* y en su nombre el purpurado moderador dio las gracias al Colegio cardenalicio por las palabras de apoyo a sus llamamientos por la paz. Después, tomó la palabra el cardenal Brislin para la reflexión introductoria sobre el tema “Construir en el bien: los lugares de construcción de nuestro tiempo”. Tras un tiempo de oración y silencio, inició el trabajo de los grupos. En esta ocasión, gran parte de los grupos centró su reflexión sobre una lectura de las profundas fracturas de nuestro tiempo, entre los pueblos, las naciones, dentro de las sociedades, de las mismas familias, sobre cómo generan heridas particularmente entre los más pobres, los más débiles, los jóvenes, a quienes les falta el sentido de la nove-

dad, y adultos carentes de la sabiduría de los años. Muchas de las intervenciones evidenciaron el peligro de la falta de sentido y de relaciones significativas, de identidad. Asimismo, se subrayó el rol de un individualismo exacerbado que lleva a la ilusión de que los otros existen para nuestro éxito. En este contexto, surge el desafío de la inteligencia artificial, como una dimensión antropológica, sobre la que preguntarse

identificando los valores humanos compartidos, a partir de la llamada a dar nombre a los seres vivos, y no reducirlo a números y estadísticas, a experimentar y aceptar el sentido humano del límite, que la IA tiende a negar, a defender la dignidad del trabajo.

En la sesión vespertina, el moderador fue el cardenal Tobin, quien dio la palabra al cardenal Grech para su intervención. Al finalizar, algunos cardenales intervinieron sobre el tema. Se puso en común la necesidad de profundizar aún más y poner en práctica las dimensiones ascética e histórica de la sinodalidad, sobre la importancia de ofrecer al clero una imagen del sacerdocio hermosa, creativa, evangélica, y al mismo tiempo no clerical. Se dialogó también sobre el riesgo de que la complejidad de la consulta pudiera sobrecargar a la Iglesia en un momento en que está llamada a dar testimonio. Los debates además se centraron en cómo la Iglesia jerárquica y el Pueblo de Dios participan, de diferentes maneras, en el discernimiento de la voz del Espíritu Santo, y en la contribución y participación de las comunidades católicas de rito oriental, con su experiencia sinodal, en este camino que involucra a toda la Iglesia.

El Consistorio extraordinario concluyó con una última intervención del Papa León XIV, en la que aseguró llegar al final de estos días “con un profundo sentimiento de gratitud”. El Pontífice agradeció a los cardenales “la libertad, la fraternidad y el sentido eclesial con los que han participado”. Me llevo conmigo – aseguró – no solo el contenido de sus reflexiones, sino también la experiencia que las ha hecho posibles.



Entrevista con Jesús Avezuela, director de la Fundación Pablo VI

Magnifica Humanitas: la hoja de ruta de León XIV para una inteligencia artificial al servicio de la persona

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Magnifica Humanitas “no habla de la Inteligencia Artificial con temor ni mucho menos hace un ataque a la IA. Al contrario, considera que el progreso es positivo siempre que esté al servicio de la persona humana y del bien común. Lo que más inquieta no es la tecnología en sí, sino el paradigma tecnocrático del que ya habló también el Papa Francisco”. Lo explica Jesús Avezuela, director de la Fundación Pablo VI, quien reflexiona en esta entrevista sobre la primera encíclica del Papa León XIV. La Fundación Pablo VI, creada por el cardenal

Ángel Herrera Oria en el año 1968, es una institución cultural y de estudios superiores heredera del Instituto Social León XIII, que gestiona obras de diversa índole en el ámbito académico, residencial y sociocultural. Desde 2019, la Fundación reflexiona, a través de distintos seminarios sobre los retos éticos de la revolución tecnológica. Reflexiones que se han llevado a cabo poniendo en diálogo a diversas disciplinas “convencidos de que la gobernanza de esta revolución de la que habla Magnifica Humanitas ha de hacerse desde un encuentro entre la tecnología y las humanidades”, explica su director.

Magnifica Humanitas, sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial. ¿Qué importancia tiene en este momento de la historia hablar, en un mismo documento, sobre la custodia de la persona humana y la inteligencia artificial?

Es uno de los pilares esenciales de la Encíclica. Hablar de la custodia de la persona humana y la inteligencia artificial es absolutamente preciso porque la IA no debe ser una servidumbre para la persona, sino que tiene que estar a su servicio. El documento busca evitar que esta tecnología deshumanice o se convierta en un instrumento de dominación y exclusión. Por eso toda la Encíclica gira en torno a la siguiente disyuntiva: levantar una nueva torre de Babel o edificar la ciudad donde Dios y la



humanidad habiten juntos.

La firma de este documento coincide con el 135º aniversario de la Rerum Novarum, de León XIII. En su encíclica, el Papa León XIV afirma que la Doctrina Social de la Iglesia, “no es un conjunto estático de conceptos, sino un corpus vivo de verdades, que custodia e interpreta la vocación de la humanidad a una vida plena y justa”. En 135 años el mundo ha cambiado mucho, ¿cuáles

cree que han sido los elementos determinantes para que el Pontífice haga esta relectura de la Doctrina Social de la Iglesia?

Cuando fue nombrado sucesor de Pedro, dijo públicamente -y lo vuelve a señalar en la Encíclica- que adoptaba el nombre de León XIV en recuerdo de su homónimo anterior porque éste vivió una gran revolución,

la industrial, que exigía un análisis de los grandes cambios y realidades sociales que se estaban produciendo. Y a él, León XIV, le correspondía analizar la revolución tecnológica y dice “hoy no podemos limitarnos simplemente a repetir sus valiosas enseñanzas, sino que debemos pedirle a Dios la sabiduría para interpretar las grandes tendencias de nuestro tiempo, en

particular los avances de la técnica”. En efecto, en 135 años el mundo ha cambiado mucho. La Encíclica reconoce que el progreso de la ciencia y el desarrollo tecnológico han supuesto una “mejora significativa de las condiciones de vida de la humanidad”; pero destaca que hoy “nos encontramos ante una situación nueva, en la que el poder y la omnipresencia de las tecnologías emergentes se entrelazan con el tejido de la vida cotidiana, moldean los



emergentes se entrelazan con el tejido de la vida cotidiana, moldean los procesos de toma de decisiones y tienen enorme influencia en el imaginario colectivo. Si a ello se une la velocidad de los cambios con los que se producen, todo ello genera una falta de previsibilidad que complica el diseño de salvaguardas éticas, generando el temor a que la innovación eclipse la dignidad humana y el bien común antes de que podamos reaccionar.

procesos de toma de decisiones e inciden profundamente en el imaginario colectivo y ello exige lo que León XIV denomina, un “discernimiento comprometido” capaz de profundizar en las raíces espirituales y culturales, asumiendo con lucidez y responsabilidad los retos de nuestro tiempo. Es necesario adoptar instrumentos normativos adecuados, capaces de salvaguardar la justicia y de contener los efectos distorsionadores del poder tecnológico.

En el documento se afirma que “las nuevas tecnologías abren un horizonte que se extiende en direcciones que, aunque intuitivas, aún no podemos prever por completo. Esto hace que sea más

complejo evaluar su impacto y sus efectos a largo plazo sobre la dignidad de las personas y el bien común”. ¿Cree que es esto lo que más “asusta” en el ámbito de las nuevas tecnologías, que hay mucho que no se puede prever?

En mi opinión la Encíclica no habla de la IA con temor ni mucho menos hace un ataque a la IA. Al contrario, considera que el progreso es positivo siempre que esté al servicio de la persona humana y del bien común. Lo que más inquieta no es la tecnología en sí, sino el paradigma tecnocrático del que ya habló también el Papa Francisco. Dice la Encíclica MH que en esta nueva situación ante la que nos encontramos, el poder y la omnipresencia de las tecnologías

En un mundo asolado por las guerras, el hambre, la pobreza, la desigualdad, ¿qué sentido tiene hablar de una magnífica humanidad?

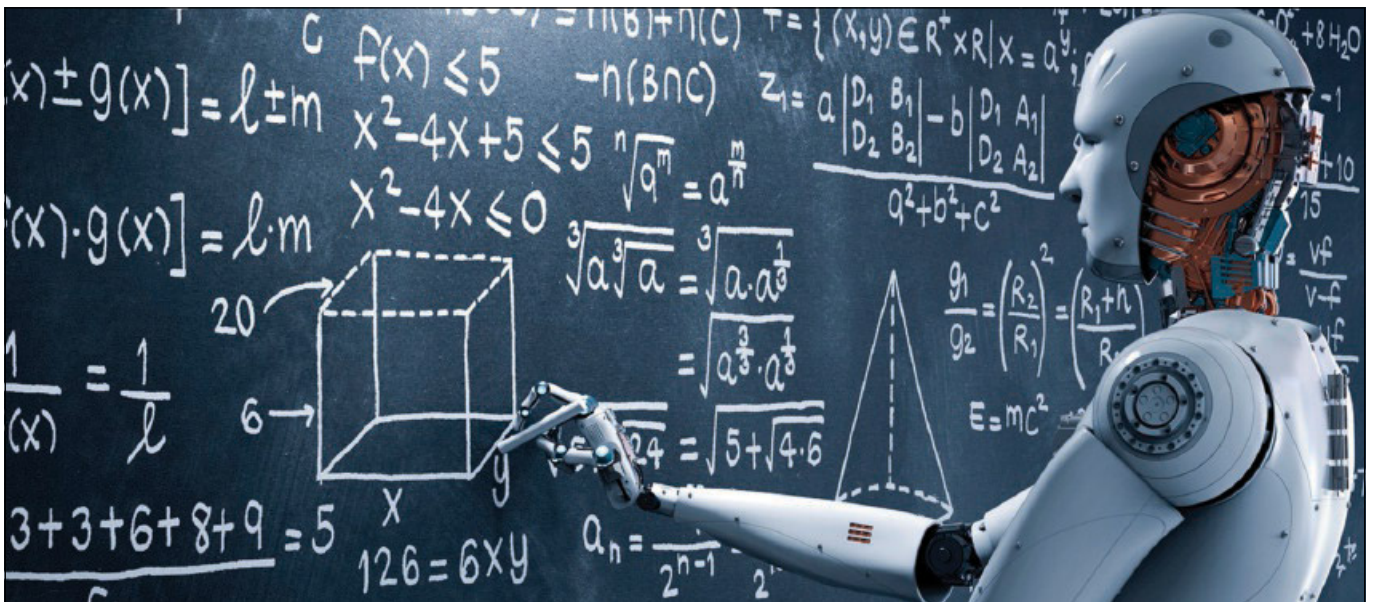
Precisamente, todo. ¿Qué nos queda si perdemos nuestra humanidad? León XIV pone el acento en el mundo que queremos construir. Se hace esa pregunta expresamente en el documento: ¿qué queremos construir? Y viene a recordar como a través de la Iglesia, con voz humilde pero firme, la verdadera realización no nace de la eliminación de las fragilidades, sino de un crecimiento armonioso: allí donde la libertad y la responsabilidad se entrelazan con el cuidado recíproco y la verda-

dera solidaridad, y donde el progreso se mide por la dignidad de cada uno y por el bien de los pueblos. Y de hecho, la respuesta que la Encíclica da a este nuevo mundo hacia el que estamos transitando es la civilización del amor, esa expresión de Pablo VI que ahora rescata con fuerza León XIV. Y no sólo se queda en la formulación, sino que la desarrolla y da pautas para contribuir y favorecer aquélla.

En este primer año de pontificado,

nos había hablado de la paz desarmada y desarmante, pero ahora lo conecta con la IA para decirnos que la carrera armamentística no es sólo de carácter militar y que también se juega en el plano tecnológico; que es la carrera por el algoritmo más eficaz y por el banco de datos más amplio, para consolidar una ventaja geopolítica o comercial sobre todos los demás. Para ello León XIV propone sustraer a la tecnología de los monopolios; dice que “hay que hacerla discutible, refutable, y

este punto hace también un llamamiento a los desarrolladores a quienes les otorga una especial responsabilidad porque -dice- de la misma manera que el autor de una obra artística o literaria está obligado a considerar los valores que manifiesta, también aquéllos están llamados a tratar con la debida seriedad los valores que infunden en sus proyectos: con transparencia, con responsabilidad hacia las comunidades involucradas y con atención a verificar que lo que se cultiva sea realmente un bien.



León XIV ha usado en varias ocasiones el verbo “desarmar”. También lo hace en la encíclica. “Desarmar la IA significa sustraerla a la lógica de la competencia armamentística, que hoy ya no es sólo militar sino económica y cognitiva”; desarmar, prosigue, “no significa renunciar a la tecnología, sino impedirle el dominio sobre lo humano”. ¿Cómo se puede lograr esto?

En efecto, en el núm. 110 de la Encíclica emplea la expresión “Desarmar la IA”. El Papa ya

por tanto habitable, restableciendo en ella la pluralidad de las culturas humanas y de las formas de vida”. Va más allá de cuestiones éticas o normativas, incluso. Por eso concluye que, no basta con regularla, sino que es necesario “desarmarla y hacerla acogedora”.

La Encíclica entrelaza grandes principios con recomendaciones y sugerencias concretas; en un argot moderno “se moja”. Y en

En el capítulo cuarto, el Papa dice que “la transformación digital nos pide redescubrir la verdad como bien común, proteger la dignidad del trabajo y salvaguardar la libertad frente a toda dependencia y mercantilización”. Se trata de grandes e importantes desafíos para la humanidad. ¿Por dónde empezar?

Es uno de los temas que le preocupan muy especialmente a León XIV como le preocupó en su momento a León XIII y puso de manifiesto en *Rerum Nova-*

rum. La revolución tecnológica está impactando muy especialmente en el trabajo. Todo esto está cambiando culturalmente nuestra sociedad y en particular las formas y modos de trabajo. Aspectos como qué trabajos son los esenciales, la nueva relación ocio-trabajo, la deslocalización de las empresas, la denominada flexiseguridad, el teletrabajo y la conciliación familiar, los nuevos modelos de negocio, ... y sobre todo la digitalización de muchos puestos de trabajo que van desapareciendo y están siendo ocupados por máquinas son algunos de los temas particulares que debemos abordar. En las sociedades desarrolladas, la importancia del empleo es indiscutible pero el trabajo es mucho más que una fuente de ingresos. El trabajo -remunerado o no- es una dimensión esencial del ser humano, clave en su desarrollo personal y comunitario; son elementos esenciales del proceso formativo en las edades más tempranas; pero también mediante el empleo las personas satisfacen necesidades psicosociales toda vez que el trabajo sigue siendo uno de los factores con mayor capacidad de configurar nuestra identidad y rol social. Todo ello exige, como nos invita el Papa, una reflexión profunda a la vista de los cam-

bios que se están produciendo.

La Fundación Pablo VI, lleva un tiempo organizando seminarios sobre IA. ¿Qué impacto cree que tendrá esta encíclica en la sociedad?

Desde el año 2019 la Fundación Pablo VI viene reflexionando a través de distintos seminarios sobre los retos éticos de la revolución tecnológica: en primer



lugar, sobre el impacto en la seguridad, la salud, la política, las libertades, los seguros, la banca, etc, de un modelo económico basado en la explotación de los datos; en segundo lugar, sobre las consecuencias de la automatización y el uso de la inteligencia artificial en la transformación del trabajo, las relaciones

familiares, laborales y sociales; y, en tercer lugar, sobre cómo se puede regular todo este paradigma desde unas instituciones europeas que tienen en el humanismo cristiano una fuente de inspiración.

Todas estas reflexiones se han llevado a cabo poniendo en diálogo a diversas disciplinas: la sociología, la filosofía, la economía, la empresa, la política, la teología, la comunicación, etc..., convencidos de que la gobernanza de esta revolución de la que habla Magnifica Humanitas ha de hacerse desde un encuentro entre la tecnología y las humanidades. Así lo hemos trasladado a diferentes dicasterios, que han solicitado en determinados momentos toda esta documentación que hemos puesto también a disposición de instituciones públicas y privadas.

En este sentido, esta Encíclica es no solo la confirmación de la idea en la que ya venimos trabajando, sino una verdadera hoja de ruta para todos los que creemos que la tecnología ha de estar al servicio del hombre y no al revés.

En la medida en la, como *Rerum Novarum*, sirva también de impulso a leyes y compromisos y responsabilidades éticas colectivos e individuales, el impacto puede ser muy grande.

LOS ESCRITORES CON EL PAPA



A la tecnología le falta imaginación

ARTURO LÓPEZ

Con más de cuatro millones de copias vendidas, traducidas en más de treinta idiomas, con páginas llenas de historia, suspenso, intrigas, dolor, esperanza y redención, la escritora española Julia Navarro, ha dejado su huella en la historia de la literatura moderna. Entre una rigurosa documentación histórica, y con un lenguaje sencillo, herencia de su anterior trayectoria periodística, Navarro a través de la búsqueda, ya de un templario, de las vicisitudes de la inquisición, de un periodista, de un niño que busca su propia identidad en una nación en la que tuvo que refugiarse, porque su patria estaba sumida en el caos de una guerra; a través de esos personajes Julia es capaz de hablar al corazón del hombre moderno, al corazón, en definitiva, del hombre de todos los tiempos.

En una entrevista a los medios vaticanos, la escritora quien participó a la audiencia con el Papa León XIV con motivo del centenario de la Librería Editorial Vaticana, habla de trascendencia, nuevas tecnologías, música, así como la posición del hombre y de la mujer ante estas realidades,



Se trata de un momento histórico: poder compartir con el Papa, momentos de reflexión en torno a temas que hablan al hombre de hoy. El Papa les ha dicho que «escribir, tal y como ustedes lo hacen, es un acto de verdad, de revelación. Escribir nos dice quiénes somos, en qué creemos y en qué esperamos, hacia qué mundo nos dirigimos y qué futuro soñamos». En sus obras aparece con frecuencia la búsqueda de sentido. ¿Cuáles son, en su opinión, las preguntas esenciales que sigue planteándose el ser humano de hoy?

Creo que los seres humanos siguen haciéndose estas preguntas desde el principio de los tiempos. ¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? El porqué de la existencia, el porqué de la trascendencia, de la necesidad

de trascendencia, yo creo que son preguntas que el hombre repite y ha venido repitiendo a lo largo de los tiempos.

Trascendencia. Hablando de trascendencia, ¿Usted cree que la poesía y la música —dado que su obra está impregnada tanto de música como de arte, — son también un lenguaje y un instrumento para hablar de esperanza y de trascendencia?

Yo creo que sí. Cualquier manifestación artística, ya sea la música, la literatura, la cultura, la escultura es también otra manera de hablar y de buscar esa trascendencia y de comunicarse con otras personas en torno a ese concepto de trascendencia. Yo creo que el lenguaje —no solamente es el lenguaje verbal, sino son también esas tantas

maneras que tenemos de expresarnos—. A veces, el idioma es una barrera, pero la música no lo es, la pintura no lo es, la escultura no lo es, la literatura tampoco, porque, afortunadamente hoy se puede traducir. Hay otras formas de comunicarnos con los demás.

Porque, en realidad, la música es diversidad en torno a un sentimiento; puede ser angustia, como tantas veces lo vemos reflejado...

Puede ser angustia. En la música se reflejan todas las emociones; los músicos a través de los siglos han ido reflejado las emociones y también la evolución del ser humano, el pensamiento del ser humano. La música trasciende y nos habla también de cada época, de cada momento que le toca vivir a los hombres. Al igual que la pintura, al igual que la literatura, al igual que cualquier manifestación artística, es como si fuera una foto de un momento, de un instante.

En una sociedad cada vez más tecnológica, ¿qué puede aportar aún la literatura a la vida de las personas?

Creo que la tecnología lo que no tiene es imaginación. Por tanto, la literatura no escrita a través de una máquina, porque para mí eso no es literatura, si-



René Magritte, «Claivoyance» (1936)

no la literatura que emana del ser humano todavía tiene mucho que aportar, porque las máquinas nunca van a llegar a la dimensión del hombre. La máquina se nutre de lo que otros han escrito, de lo que otros han pensado, pero la máquina no piensa. Por tanto, las palabras que salen del cerebro de los hombres aún pueden mover sentimientos, emociones y corazones. No vamos a ser sustituidos por las máquinas. ¡Es absolutamente imposible! Porque las máquinas no tienen alma. La parte creadora del ser humano es una parte del espíritu, es una parte del alma.

La primera encíclica de León XIV reflexiona sobre la palabra y la comunicación. ¿Cómo ve usted el futuro de la

palabra en la era digital?

Yo quiero verlo con esperanza. Las nuevas tecnologías están ahí, y son una realidad. Los españoles sabemos, gracias a Cervantes y al Quijote, luchar contra la realidad, lo que es luchar contra los molinos de viento. No se puede luchar contra esos molinos de viento, porque están ahí, forman parte de la realidad. Pero yo insisto en que las nuevas tecnologías no pueden ocupar el lugar del ser hombre. Pueden ser una herramienta que utilicemos bien o mal. La encíclica del Papa nos habla de esto, pero más allá de cómo las utilicemos, insisto, las máquinas no tienen alma y, por lo tanto, no pueden sustituir al ser humano.



Creo que los seres humanos siguen haciéndose estas preguntas desde el principio de los tiempos. ¿Quiénes somos? ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? El porqué de la existencia, el porqué de la trascendencia, de la necesidad de trascendencia

La fe no puede ser un instrumento de poder

En un ambiente de reflexión, erudición e inspiración por la belleza y el poder de la palabra de cada escritor, el Papa, el pasado miércoles 24 de junio, con motivo del centenario de la editorial vaticana, insistió ante los numerosos escritores reunidos en «reflexionar sobre la importancia del libro y de la escritura», dado que se trata de «una expresión humana de la cual ustedes son, con una variedad de estilos y

han ganado incluso algunos premios importantes. Su maestría para narrar la complejidad de la sociedad israelí aborda diversos temas políticos y sociales a través de sus personajes realistas y, a veces, contradictorios, relatando así el sufrimiento y las vicisitudes vividas en los conflictos, sobre todo entre israelíes y palestinos, aportando una reflexión ética, moral y política al mundo moderno.

En una pequeña sacristía den-

y la musulmana, y esto también tiene sus aspectos negativos, porque hay personas que están utilizando la fe para obtener poder y para cometer actos de violencia. Y esto es algo a lo que me opongo, y sé que el Papa también se opone. Y cualquier persona religiosa, de manera auténtica, entiende que lo importante no es el poder, ni tampoco menospreciar a las otras religiones». Agregó además que «escribir, desde Israel y sobre Israel, es parte de mi

escritura y de mi ficción; y, obviamente, la fe es una parte importante, y trato de mostrar el lado negativo que no deberíamos seguir, así como el lado positivo de la fe, que en cambio sí deberíamos seguir».

En cuanto a la influencia que la tecnología ha tenido en su trayectoria literaria, al referirse a la primera encíclica del Papa,

Magnifica humanitas, el escritor comentó: «A propósito de la tecnología, leí el documento del Papa y también vi las reacciones que generó su publicación. Causó mucho revuelo. Ya ha pasado un mes y creo que fue muy interesante, fascinante. Estoy de acuerdo con muchas cosas que nos dice allí: sus



lenguajes, maestros y modelos».

Entre las personalidades destacadas se encontraba el israelí Assaf Gavron, escritor, traductor ex periodista y también músico, además de director creativo en el sector de la alta tecnología. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas y

tro de la basílica vaticana, durante una entrevista con L'Osservatore Romano y Vatican News, se le preguntó qué papel desempeñaban Dios y la fe en su vida y en su misión literaria. «En cuanto a la fe», respondió, «vengo de Israel, donde la fe es algo muy importante, no tanto la cristiana, sino la judía

preocupaciones por la pérdida de la humanidad y con la necesidad de mantener a la humanidad como una fuerza decisiva, una fuerza que debería controlar los peligros de la tecnología y la IA». «Debemos tener cuidado», comentó Gavron, «la tecnología es increíble, la he usado, me ha ayudado, incluso la enseño, y me ayuda en mi labor docente, me ayuda en mi investigación para mis libros. Así que creo que es maravillosa, pero también puede ser peligrosa, como dice el Papa, y espero que haya suficientes personas que desarrollen estas herramientas y que asuman la responsabilidad de mantenerlas seguras».

Por último, en cuanto a la música, dada su pasión por ella, y sobre cuál ha sido el papel o la influencia que esta ha tenido en sus obras, Assaf respondió: «Tengo una banda; lanzamos un álbum cada seis años. De hecho, lanzamos uno el año pasado. La música me ayuda a escribir, aunque no escriba directamente sobre música —aunque sí he escrito algo sobre ella—, pero incluso cuando no escribo sobre música, me ordena la mente y mi trabajo; espero me ayude a producir el mejor trabajo posible». Ayuda también, añadió, «a encontrar la mejor manera de escribir». Y, por último, sobre la capacidad de interpretar el arte, la música y los valores dentro de sus obras, el literato comentó que «como escritor me gusta el hecho de que escribo algo y



Théodore Géricault
«La Medusa»
(1818-1819, detalle)

*Su maestría para
narrar la
complejidad de la
sociedad israelí
aborda diversos
temas políticos y
sociales a través de
sus personajes*

luego hay otras interpretaciones. Y me alegran todas las demás interpretaciones, así como la libertad de hacerlo. Eso es lo hermoso del arte, de la literatura, de la música, de todo lo que las personas pueden aportar.

Y el Papa también habló de esto esta mañana, nos ofreció un discurso muy bueno», concluyó Assaf.

RECUERDO DE LA VISITA A ESPAÑA



Durante la visita pastoral del Papa a España

El Papa entró en Madrid

“por la puerta de la caridad”

para encontrarse con los olvidados de la ciudad



LORENA PACHO

Uno de los primeros actos de la agenda del Pontífice en la capital española fue una visita a los operadores y asistidos del Proyecto Social “CEDIA 24 Horas” de Cáritas Diocesana de Madrid: un centro de acogida para personas sin hogar. León XIV entró en Madrid por la puerta de la caridad. Después de los encuentros protocolarios con las autoridades, el Pontífice se adentró en una de las periferias sociales de la capital española con una visita al centro de acogida para personas sin hogar “CEDIA 24 horas de Cáritas”. Con este gesto, el

Papa situó a los más vulnerables, con frecuencia invisibles en la vida pública, en el centro de su visita pastoral. En este lugar, donde cada día se entrecruzan historias marcadas por la pobreza, la soledad y la exclusión, León XIV recordó que la Iglesia está llamada a salir al encuentro de quienes más sufren. El Papa ha querido acercarse desde el primer momento a quienes normalmente suelen quedar olvidados en los márgenes de la sociedad. La visita tuvo lugar la tarde del 6 de junio, pocas horas después de su llegada a la capital.

El centro se encuentra en el barrio de Lucero, en el suroeste de

Madrid, un entorno de clase trabajadora donde conviven realidades muy distintas y donde Cáritas desarrolla desde hace años una intensa labor social.

Allí le esperaron, entre la emoción y los nervios propios de una visita histórica, personas acompañadas por las distintas iniciativas de la Pastoral Social de la archidiócesis de Madrid: migrantes, trabajadores en situación de vulnerabilidad, víctimas de trata y personas que han experimentado la pobreza o la exclusión social. “Las personas en una situación vulnerable pueden reconstruir su vida con los apoyos necesarios”, recuerda María Ángeles Altozano, porta-

voz de Cáritas Madrid.

Durante su recorrido por el centro, el Papa conoció algunas de las historias de las personas acogidas. Compartió tiempo con usuarios, trabajadores y voluntarios, visitó las habitaciones y las distintas actividades que se desarrollan en el centro de día.

Historias como las de personas que perdieron su empleo, sufrieron problemas de salud o llegaron a España sin una red familiar de apoyo ponen rostro a una realidad que suele permanecer invisible. Uno de los residentes del centro que se encontró con el Papa es Elmer León Calderón, inmigrante peruano que lleva cuatro años en España y que tras ser estafado en el alquiler de una habitación pasó tres meses viviendo en la calle. “Antes cocinaba para vender comida en la calle. Durante mucho tiempo estuve comiendo pan con agua para desayunar, almorzar y cenar”, señala. Y no oculta su entusiasmo por recibir al Pontífice. “Lo recibimos con mucho amor y cariño”.

Ernesto Hernández también conoció al Papa. Es un inmigrante cubano que fue deportado por Estados Unidos, supo del centro de Cáritas a través de otras personas sin hogar cuando llegó a España hace menos de un año y decidió llamar a su puerta cuando se vio en la calle y sin recursos. “Gracias a ellos he podido arreglar mis papeles”, dice. “Aquí he encontrado mucho amor por parte de todos los trabajadores y muy buena acogida”, agrega. Contempla la visita



Queremos que el centro de día sea un lugar donde se activen los servicios básicos y la búsqueda de empleo

de León XIV con esperanza e ilusión. “Al Papa le diría que se siga preocupando por los pobres, por los migrantes, que siga ayudándonos”.

Desde el CEDIA destacan que el acompañamiento humano y la creación de vínculos son tan importantes como la cobertura de las necesidades materiales.

El responsable del CEDIA, Juan José Gómez-Escalonillas, insiste en la importancia de visibilizar las situaciones de exclusión social que siguen existiendo en nuestras ciudades. “Lo que necesitamos es poner el foco en estas situaciones. Al caminar por la calle, se ve que hay mucha gente sin hogar. Lo que hacemos es tratar a las personas como lo que son: personas. Necesitamos políticas que ayuden a los excluidos”, apunta. Y explica que el 80% de las personas atendidas en el CEDIA consiguió iniciar un proceso de recuperación e inclusión que les permitió abandonar la situación de calle y reconstruir su proyecto de vida, un dato que refleja

la eficacia del acompañamiento integral que ofrece Cáritas. “Lo que ofrecemos aquí es acompañamiento, no entretenimiento. Queremos que el centro de día sea un lugar donde se activen los servicios básicos y la búsqueda de empleo. Les intentamos transmitir que cuando uno se recupera física y anímicamente, las cosas pueden mejorar. Más del 30 % de los que vienen encuentran trabajo. El 20 % de los que vienen tienen trabajo, pero no lo suficiente para conseguir una vivienda”, explica.

Un hogar abierto las 24 horas

El CEDIA –Centro de Información y Acogida– es uno de los principales recursos de la Cáritas Diocesana de Madrid para la atención a personas sin hogar. Nació hace casi cincuenta años a partir de una sencilla iniciativa: una furgoneta que repartía café y ayuda en las calles de Madrid y ha evolucionado hasta convertirse en un espacio de acogida integral abierto día y noche.

En sus instalaciones se ofrecen servicios básicos como alojamiento, alimentación, duchas, lavandería y custodia de pertenencias, pero también acompañamiento social, orientación laboral y apoyo psicológico y espiritual. El objetivo no es únicamente responder a una emergencia inmediata, sino ayudar a reconstruir proyectos de vida y favorecer la autonomía de quienes atraviesan situaciones de exclusión.

Un mensaje pastoral desde la

periferia

La elección del CEDIA como primera parada pastoral del viaje no ha pasado desapercibida. Desde Cáritas Madrid han expresado su emoción y agradecimiento por una visita que consideran un reconocimiento a la labor cotidiana de voluntarios, trabajadores y personas acompañadas.

“Es una oportunidad única para que las personas con las que

ción””, explica María Ángeles Altozano, portavoz de Cáritas Madrid.

No es casual que León XIV haya querido comenzar su estancia en uno de los barrios más alejados de los circuitos turísticos y de los grandes focos mediáticos. Antes de las celebraciones multitudinarias previstas en el centro de la ciudad, el Pontífice se acercó a quienes experimentan de forma más dura

los emperadores romanos, triunfantes, y sin embargo él ha decidido entrar por la puerta de los más pobres, para nosotros es una llamada de atención sobre cuál es el centro de la Iglesia. Es una buena noticia también para Madrid, yo creo que las sociedades se definen por cómo cuidan a los más débiles”, apunta Gómez-Escalonillas.

Una Iglesia que sale al encuentro



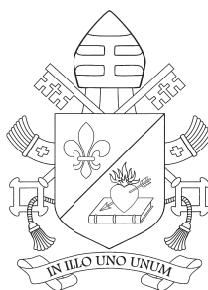
trabajamos se sientan visibilizadas y entiendan que sus vidas son muy importantes y que la Iglesia se preocupa por ellas y les da esa dignidad que merecen. Son personas dignas de amor. A veces son personas que llegan muy dañadas y consideran que no son merecedoras de amor, sin embargo, esta es una forma de decirles: ‘sí sois merecedores de amor, sí vale la pena mostrar cual es vuestra situa-

la pobreza, la soledad y la falta de vivienda.

El responsable del CEDIA señala que el Papa ha decidido entrar en Madrid “por la puerta de la caridad”, una expresión que resume el profundo simbolismo de esta visita. “Que el Papa decida entrar a Madrid por la puerta de la caridad, entre los más pobres, es un mensaje impresionante para todos. Se puede entrar a las ciudades como

Para la Iglesia de Madrid y para Cáritas, el gesto constituye una llamada a mirar de frente la realidad de las personas sin hogar y a recordar que la evangelización pasa también por el cuidado concreto de quienes más necesitan ser escuchados y acompañados. En una ciudad marcada por fuertes contrastes sociales, el Pontífice situó desde el primer momento la caridad en el corazón de su mensaje.

Una
mirada a las
intervenciones
del
Papa
León XIV



ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, Domingo, 14 de junio de 2026

Dios bendiga siempre a España

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de hoy (Mt 9,36-10,8) nos ofrece un gran regalo, porque incluye a todos los que lo escuchan con la mirada de Jesús. Es un relato que testimonia la atención de su vista, además de decirnos qué es lo que observa. Leemos, en efecto, que Cristo «al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas» (v. 36). Haciéndose nuestro hermano, el Hijo de Dios mira a la gente, mira a la humanidad: ve la opresión que aplasta y la violencia que quita la fuerza. Ve las heridas de las guerras y el vacío del consumismo. Ve rostros reducidos a máscaras, familias rotas por el mal y jóvenes ilusionados por falsos ideales. Jesús ve y ama. Ama y sufre por nosotros, con nosotros: su compasión expresa no sólo cercanía fraterna, sino voluntad de redención.

Él, en efecto, conoce nuestro corazón y lo cuida; frente a tantas personas semejantes a «ovejas que no tienen pastor» (v. 36), Cristo se dedica a todas como buen pastor y, como señor de la mies, envía obreros al campo del mundo (cf. v. 38). ¿Cuál es el trabajo que deben realizar? Llevar el consuelo de Dios a los que sufren: llevar caridad donde hay miseria, esperanza donde hay aflicción, fe donde hay desconfianza.

El Evangelio menciona los nombres de los doce primeros “obrerros”; son discípulos convertidos en apóstoles, es decir, misioneros y predicadores. En

tre ellos está Simón llamado Pedro, el primero, y también Judas Iscariote, el último, para recordarnos que se puede seguir a Jesús y traicionarlo, pero el Evangelio continúa siendo palabra viva y verdadera para todos. La Buena Noticia que atraviesa los siglos es idéntica, siempre joven, fresca y liberadora: ¡«Ha llegado el reino de los cielos» (Mt 10,7)! Sí, está cerca porque en Jesucristo Dios se hace prójimo de todo hombre y mujer, de todo pueblo y nación. Cuando este Evangelio es anunciado y practicado, el mal se derrumba como una enfermedad que termina (cf. v. 8), como una noche que deja paso a la aurora, como la muerte vencida por el Resucitado. De ese modo, la mirada de Jesús transforma la realidad: llena de amor, su iniciativa da vida a un pueblo nuevo, la Iglesia, llamado a continuar la misión de los apóstoles: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (v. 8). Sí, el don de Jesús es totalmente gratis, porque su valor excede toda medida: es imposible merecerla o “comprarla”. Esta gracia es el bellissimo nombre de la misericordia de Dios, que nos alcanza allí donde estemos, para guiarnos hacia Él. «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (Mt 9,38).

Queridos hermanos, la tarea de evangelizar nace del don de Dios que en Cristo se vuelve perdón para el mundo, servicio a los más pequeños y más pobres, compromiso por la justicia.

Pidamos el auxilio de la Virgen María, llena de gracia, para que respondamos con gozo y valentía a la misión a la que Jesús nos llama.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

En primer lugar, expreso mi gratitud al Señor por el

Viaje Apostólico que me ha permitido realizar en España. Agradezco al pueblo español, que me ha acogido con gran entusiasmo y devoción; y, de manera especial, a Su Majestad el Rey. Mi agradecimiento afectuoso va igualmente a los obispos, a las comunidades que he visitado y a toda la Iglesia que está en España. ¡Que Dios bendiga siempre a España!

También deseo recordar a algunos nuevos beatos: los sacerdotes diocesanos Venceslao Drbala y Juan Bula, de Moravia; y Juan Świerc y ocho compañeros, sacerdotes salesianos polacos. Todos han sido beatificados como mártires, porque fueron víctimas de las persecuciones de regímenes totalitarios a causa de su fidelidad a Cristo. Además, ayer en Mato Grosso, Brasil, fue beatificado Nazareno Lanciotti, sacerdote romano misionero, también él mártir, porque en nombre del Evangelio defendía a los más pobres. Que el ejemplo y la intercesión de estos valientes testigos sostengan la misión de los presbíteros y de toda la Iglesia.

Aseguro mi cercanía a la población de Filipinas, afectada hace algunos días por un fuerte terremoto. Rezo por los difuntos y sus familiares, por los heridos y por todos aquellos que sufren a causa de esta calamidad.

¡Y ahora dirijo mi saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos de diversos países!

Saludo a los miembros de la Comisión Internacional para el Diálogo entre los Discípulos de Cristo y la Iglesia Católica. Que vuestras reflexiones nos ayuden a crecer en comunión.

Saludo a los peregrinos de los Estados Unidos de América, en particular a los fieles de Nueva Jersey y a la Escuela Carrollton del Sagrado Corazón de Miami, Florida. Saludo a los confirmandos de Bolgare, diócesis de Bérgamo, a la comunidad “Casa de María” —a la que el papa Francisco llamaba “los jóvenes de la Inmaculada”— y a los grupos parroquiales de Santa María de las Gracias y de Santa Francisca Cabrini en Roma.

¡A todos les deseo un feliz domingo!

JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

14 de junio de 2026

El Señor es el refugio del pobre (cf. Sal 14,6)

1. El Señor es el refugio del pobre (cf. Sal 14,6). Las palabras del Salmista sugieren el camino que estamos llamados a recorrer con vistas a la X Jornada Mundial de los Pobres. Una vez más es necesario volver a la Palabra de Dios para verificar la importancia que los pobres tienen en la vida de la Iglesia. La expresión del salmo se convierte en criterio de juicio para la existencia cristiana porque revela el rostro de Dios y reconoce la pobreza humana. En efecto, en un momento histórico dramático, como fue la destrucción del templo de Jerusalén, el pueblo se sintió privado de la presencia de Dios y experimentó una miseria material y moral sin precedentes.

Esta Palabra se le presenta a cada generación en toda su actualidad. Desde el principio muestra la contradicción en la que a menudo se cae todavía hoy. La primera constatación es esta: «Dice el necio para sí: “No hay Dios”. Se han corrompido cometiendo execraciones, no hay quien obre bien» (Sal 14,1). Esto pone de relieve el contraste entre quienes se comportan con sabiduría y quienes, en cambio, arrastran su vida como si no hubiera nada por encima de ellos. Se observa, lamentablemente, cuán difundida está también en nuestros días una injusticia social que brota de la corrupción arrogante, tan deplorable como discriminatoria. La pérdida del sentido de la trascendencia en la vida cotidiana ya no es tanto una negación teórica de la existencia de Dios; más bien se manifiesta en la falta de consideración de su bondad y misericordia para la construcción de la justicia personal y social.

Los primeros en sufrir sus consecuencias son los pobres, que no por casualidad aumentan en muchas sociedades. La ausencia de Dios coloca a las personas ya no unas junto a otras en el respeto recíproco, sino unas por encima de otras bajo el signo del dominio y del sometimiento. Así se exhibe una lógica desacralizadora de prevaricación y de descarte que

MENSAJE DEL PAPA LEÓN XIV PARA LA X

margina y humilla. En esta condición se encuentran no sólo personas individuales, sino pueblos enteros. Las palabras del salmo resuenan todavía llenas de verdad: «Devoran a mi pueblo como pan» (Sal 14,4).

2. El grito de justicia de los pobres hoy es acallado mediante múltiples técnicas, cada vez más sutiles, hasta dejar sin voz todo esfuerzo suyo por hacer oír sus peticiones. El ambiente digital radicaliza el prejuicio hacia ellos y aumenta la cortina de indiferencia que rodea sus causas. Al pobre no le queda más que gritar hacia Dios (cf. Sal 34,7) y hacer llegar a Él su lamento, con la certeza de ser escuchado porque Dios es fiel y rico en misericordia. Quienes están oprimidos, humillados e indefensos crecen también hoy en la certeza de tener que abandonarse a Dios, cargados de confianza y de espera. En este abandono total, vuelve a florecer el sentido de la propia dignidad, se reconocen hermanas y hermanos con quienes organizar sus sueños, y la esperanza se convierte silenciosamente en realidad. Refugiarse en Dios equivale a encontrar la protección verdadera y segura, aquella que los poderosos no pueden garantizar y prefieren negar.

El pobre, sin embargo, sabe reconocer más que otros lo esencial, porque vive de lo esencial. Más semejante a Cristo que todos, reconoce a Dios como su propio refugio incluso cuando las circunstancias parecen desmentirlo, y está colmado de esperanza por su justicia, que no tarda en manifestarse. En la noche del abandono y de la soledad, el pobre “habita al amparo del Altísimo” (cf. Sal 91,1). Quienes están afligidos, quienes sufren injusticia y son ofendidos, quienes padecen sufrimiento y dolor, quienes están solos y privados del sentido de la vida pueden encontrar consuelo y nueva motivación junto al Señor.

3. Ser refugio no es sólo una promesa, sino que se convierte en realidad en la persona de Jesucristo. Dios pone su morada entre nosotros con la encarnación del Hijo, que hace concreto y visible el refugio esperado. Jesucristo es realmente el refugio de Dios para los pobres. Por su obediencia al Padre, descendiendo hasta el punto más bajo, donde se encuentran los últimos. Sale al encuentro de todos y a cada uno ofrece refugio seguro: «Vengan a mí todos los

que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré» (Mt 11,28). En Jesús, Dios no sólo protege, sino que comparte la pobreza humana hasta la cruz.

Los pobres de nuestros días son los olvidados y los marginados: despojados de una palabra y de un rostro, además del pan. Que ellos puedan encontrar al Hijo de Dios, que se hace prójimo de todos sin descuidar a nadie. Que lo encuentren, ante todo, en quienes se dicen cristianos. En la Iglesia, su Cuerpo, es Jesús quien ofrece pan y amistad; trae luz y un horizonte de esperanza; pronuncia el nombre de cada uno y devuelve a todos la dignidad. Jesús de Nazaret es el don de Dios para los pobres. En Él todas las promesas se hacen realidad. Para quienes carecen de una casa, de un trabajo, de educación, de alimento, de salud, se abre un nuevo camino: el compartir como expresión del Reino de Dios (cf. Mt 5,3). A la obsesión de quienes acumulan riquezas sólo para sí se opone la obstinación de Dios que, en el testimonio de personas de carne y hueso, abre el corazón y acoge en su amor.

4. En Cristo estamos llamados, por tanto, también nosotros a hacernos pobres y a convertirnos en refugio para el pobre. La comunidad cristiana no puede permanecer insensible ante tantos que hoy están a la puerta y siguen siendo invisibles para quienes permanecen encerrados entre sus propios muros. La Iglesia, por su misma naturaleza, está llamada a ser pobre y refugio para los pobres. No olvidemos el comentario de san Agustín a la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro: «Calló el nombre del rico e indicó el del mendigo. Dios calló el nombre tan pregonado del primero; sin embargo, dio a conocer el del segundo [...] ¿Qué elegirías: ser pobre como el uno o ser como el rico? No te dejes engañar: escucha cuál fue el final de ambos y advierte cuál es la elección equivocada» (Sermón 33A, 4).

Como recordé en la Exhortación apostólica *Dilexite*, «Dios muestra predilección hacia los pobres, a ellos se dirige la palabra de esperanza y de liberación del Señor y, por eso, aun en la condición de pobreza o debilidad, ya ninguno debe sentirse abandonado. Y la Iglesia, si quiere ser de Cristo, debe ser la Iglesia de las Bienaventuranzas, una Iglesia que hace espacio a los pequeños y camina pobre con los pobres, un lugar en el que los pobres tienen un sitio

privilegiado» (n. 21).

Surgen inevitablemente algunas preguntas, que en esta X Jornada Mundial de los Pobres tenemos la urgencia de hacer resonar en nuestra mente y en nuestro corazón. ¿Somos signo de un Dios que es refugio para los pobres? ¿Tenemos conciencia de nuestra pobreza y la preferimos a la riqueza injusta? ¿Llegamos hasta donde se encuentran los pobres, experimentando su marginalidad? ¿Escuchamos sus pensamientos y compartimos sus esperanzas? ¿Pronunciamos sus nombres con ternura divina? ¿Nuestra caridad reactiva y sostiene en ellos el deseo de justicia y de rescate? Estas y muchas otras preguntas obligan a un serio examen de conciencia, para verificar cuánto estamos todavía llamados a llegar a ser en favor de los pobres y de su liberación. Entonces veremos que los pobres se convierten ellos mismos en refugio para otros. La experiencia de la pobreza vuelve particularmente sensibles a una solidaridad renovada ante los desafíos.

El amor de Cristo nos hace, en efecto, partícipes de la vida de amor de Dios. En este sentido, los cristianos están llamados no sólo a buscar refugio en Dios, sino también a hacerse, en Él, refugio para los demás, sin «distinguir entre el que asiste y el que es asistido, entre el que parece dar y el que parece recibir, entre el que se presenta pobre y el que siente la necesidad de ofrecer tiempo, capacidades y ayuda. Somos la Iglesia del Señor, una Iglesia de pobres, todos preciosos, todos partícipes, cada uno portador de una Palabra única de Dios. Cada uno es un don para los demás» (Homilía, 17 agosto 2025).

5. El octavo centenario de la muerte de san Francisco de Asís nos impulsa a recordar cómo, llegado a Roma como peregrino a la tumba del apóstol Pedro, fue conmovido por la compasión hacia los mendigos. Para comprender y experimentar su sufrimiento, se quitó sus propias vestiduras y las cambió por los vestidos andrajosos de uno de ellos, sentándose a pedir limosna y pasando todo el día entre los pobres con alegría de espíritu (cf. Fuentes Franciscanas, 1405-1406). Queremos testimoniar que es posible, también hoy, experimentar la misma alegría al ponerse en el lugar de los pobres y escucharlos, en vez de sólo hablar de ellos. Quien tiene a Dios por refugio es libre de tomar decisiones profé-

ticas, que testimonian cómo todo puede ser repensado desde abajo, en la humildad y en la fraternidad que, sólo ellas, reparan un mundo herido por la prepotencia.

Confío en que esta X Jornada Mundial de los Pobres pueda constituir una etapa significativa para redescubrir el rostro de tantos hermanos y hermanas que buscan refugio en Dios y desean sentirse en casa en nuestras comunidades. Mantengamos viva la obediencia a la Palabra de Dios, que suscita la conversión del corazón. Que la Virgen María, que en la carne crucificada del Hijo contempló el amor de Dios que colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías (cf. Lc 1,53), interceda por nosotros.

Vaticano, 13 de junio de 2026, memoria de san Antonio de Padua.

LEÓN PP. XIV

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LA DELEGACIÓN
DE LA “UNITED JEWISH APPEAL FEDERATION OF
NEW YORK” (FEDERACIÓN DE FILANTROPIAS
JUDÍAS DE NUEVA YORK)

Sala del Consistorio, Lunes, 15 de junio de 2026

Colaborar por el bien común más allá de las incomprensiones del pasado

Distinguidos representantes
de la United Jewish Appeal - Federación de Nueva
York,

queridos amigos,

¡La paz esté con ustedes!

Es una alegría darles la bienvenida a todos al Vaticano esta mañana. Su organización actúa como instrumento de la filantropía judía a nivel mundial, proporcionando ayuda humanitaria esencial y servicios sociales a las poblaciones vulnerables —por ejemplo, a quienes viven en la pobreza, a los refugiados, a las personas mayores y a las personas con discapacidad— en Nueva York, en el Estado de

Israel y en más de setenta países. Estos esfuerzos reflejan un claro reconocimiento de la dignidad humana y de la fraternidad, en sintonía con el compromiso de la Iglesia con el desarrollo humano integral y el llamado a amar al prójimo.

Este compromiso compartido tiene un significado especial a la luz de nuestra historia común. Hace sesenta y seis años, una delegación de su organización fue recibida por el Papa Juan XXIII. Con las sencillas y, sin embargo, profundas palabras «Yo soy José, su hermano», citando el Libro del Génesis (Gén 45, 4), él afirmó nuestra humanidad común, así como nuestra descendencia común de Abraham, Isaac, Jacob y José. Posteriormente se redactó un tratado que describía una nueva relación entre la Iglesia católica y el judaísmo. Ese tratado fue el fundamento de lo que se convirtió en «el corazón y el núcleo generativo» (Discurso con motivo del sexagésimo aniversario de «Nostra aetate» «Caminando juntos en la esperanza», 28 de octubre de 2025) de Nostra aetate, la Declaración del Concilio Vaticano II sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas.

Ese documento histórico, del cual la Iglesia celebró el año pasado el 60.º aniversario, «abrió un nuevo horizonte de encuentro, respeto y hospitalidad espiritual» (Audiencia general, 29 de octubre de 2025). Afirmaba, entre otras cosas, la verdad de que pertenecemos a una única familia humana. De este modo, plantó una semilla de esperanza que «ha crecido hasta convertirse en un árbol fuerte, [...] ofreciendo refugio y dando ricos frutos de comprensión, amistad, cooperación y paz» (Discurso con motivo del sexagésimo aniversario de Nostra aetate). Al reconocer la dignidad inherente de todos los hombres y todas las mujeres, Nostra aetate adoptó una postura firme contra el antisemitismo y declaró que la Iglesia rechaza toda forma de discriminación o persecución perpetrada por motivos de raza, color, condición social y religión (cf. Nostra aetate, n. 4-5). En un mundo aún herido por la división y el conflicto, nos invitaba a superar los malentendidos del pasado para avanzar hacia la colaboración por el bien común.

Este mismo espíritu de solidaridad encuentra su expresión concreta en nuestra preocupación común

por quienes se encuentran en necesidad. En mi Exhortación Apostólica Dilexi te señalé que «el amor es, ante todo, un modo de concebir la vida, un modo de vivirla» (n. 120). El servicio a los pobres, a los marginados y a los indefensos es una forma de encontrar lo sagrado; a través de ellos, la voz divina sigue hablándonos (cf. Ibidem, n. 5). Como nos recuerda el profeta Isaías, cuando compartimos nuestro pan con los hambrientos y cuidamos de los necesitados, «la luz [del Señor] amanecerá como la aurora» (cf. Is 58, 7-8). Esa luz nos invita a ver el servicio a los vulnerables como un camino que abre los corazones y renueva la sociedad.

Queridos amigos, les agradezco la dedicación con la que asisten a los pobres y a los necesitados, combaten el odio y la intolerancia, y trabajan para construir un mundo mejor para todos. Que su misión fortalezca el diálogo, profundice el entendimiento mutuo y contribuya a la paz que tanto se necesita en nuestro mundo. Les aseguro mis oraciones por ustedes, por sus seres queridos y por aquellos a quienes sirven. Gracias.

DISCURSO DEL PAPA LEÓN XIV A LA
PEREGRINACIÓN DE LA IGLESIA DE RITO SIRO-
MALANKARA EN EUROPA
Sala Clementina, lunes, 15 de junio de 2026

Preservar los tesoros inestimables de todas las Iglesias orientales

En el nombre del Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo. ¡La paz esté con ustedes!

Beatitud, Excelencias,

Queridos sacerdotes, consagrados
y consagradas,

Queridos hermanos y hermanas, me complace dar la bienvenida a esta importante delegación de la Iglesia sirio-malankara, en el marco del primer encuentro de su clero y de sus fieles residentes en Europa. Su arzobispo mayor, el cardenal Baselios Mar Cleemis, cumple hoy 67 años. ¡Feliz cumpleaños,

Beatitud! Le transmito también mis más sinceras felicitaciones por adelantado por su jubileo episcopal de plata en agosto, para el cual ya han comenzado las celebraciones con una ceremonia especial ayer aquí en Roma. Un saludo especial también al obispo Kuriakose Mar Osthanthios, recientemente nombrado visitador apostólico para los fieles siro-malankareses residentes en Europa, quien ha organizado este encuentro.

Queridos hermanos y hermanas, tengo entendido que toda su Iglesia *sui iuris* está iniciando un intenso proceso plurianual de renovación espiritual en preparación para su centenario. Acaba de comenzar el 95.º año desde la institución de vuestra Jerarquía con la Constitución Apostólica *Christo Pastorum Principi* del Papa Pío XI el 11 de junio de 1932, y deseo recordar ese texto de mi ilustre predecesor, que comienza expresando gratitud a Cristo, el Jefe de los Pastores. También nosotros rendimos a Dios «las más humildes y fervientes gracias» por el venerable Mar Ivanios quien, junto con Mar Theophilos, guió a varios sacerdotes y a un buen número de fieles, entre ellos religiosos y religiosas de las Congregaciones de Betania, a redescubrir la comunión eclesial con el Sucesor del Apóstol Pedro como elemento fundamental para vivir la fe cristiana. El primer Arzobispo Metropolitano de Trivandrum de los siro-malankareses fue, de hecho, un verdadero pastor según el Corazón de Jesús, a través del cual el Espíritu Santo guió el rebaño de Dios. Dio un hermoso ejemplo del «gran deseo: [de] una Iglesia unida, signo de unidad y de comunión, que se convierta en fermento para un mundo reconciliado» (Homilía, 18 de mayo de 2025), del que hablé durante la Misa solemne por el inicio de mi pontificado.

Desde su juventud como sacerdote, Mar Ivanis miraba mucho más allá de los límites de su comunidad cristiana en Kerala y veía claramente la necesidad de recuperar el dinamismo de la buena semilla sembrada en la India por la predicación y el martirio de San Tomás Apóstol. Insistió también en que la labor misionera se llevara a cabo no solo con palabras, sino más bien con una vida virtuosa y un servicio caritativo auténtico. Por esta razón, desde el principio, vuestra Iglesia ha sido siempre un faro de energía evangélica y caridad apostólica, llevando justicia

social, educación y desarrollo humano integral a las personas marginadas de la sociedad. De este modo, el Evangelio se difunde, como dijo mi venerable predecesor el Papa Benedicto XVI, «“por atracción”: como Cristo “atrae a todos hacia sí” con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la Cruz» (Misa de Inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 13 de mayo de 2007).

La Iglesia siro-malankara comenzó entonces a crecer rápidamente más allá de las fronteras étnicas o lingüísticas, inicialmente en Tamil Nadu, fruto de un compromiso evangelizador que se remonta a 1934. Esas vivas comunidades católicas siro-malankaras han prosperado gracias al compromiso de la Jerarquía y también al compromiso de las devotas mujeres consagradas pertenecientes a la Congregación de las Hijas de María. Animo al Sínodo de los Obispos y a los institutos religiosos de su Iglesia a demostrar un compromiso similar hacia las circunscripciones de creación más reciente en la India, especialmente en las vastas Eparquías de San Efrén de Khadki y de San Juan Crisóstomo de Gurgaon. Tenemos aquí presente a un futuro candidato.

Al mismo tiempo, se necesita un compromiso urgente y análogo para preservar y promover los tesoros inestimables que encarnan todas las Iglesias Orientales, especialmente en la creciente diáspora, como tuve ocasión de decir durante su Jubileo, celebrado apenas unos días después de mi elección como Papa (cf. Discurso a los participantes en el Jubileo de las Iglesias Orientales, 14 de mayo de 2025). En este sentido, reconociendo la presencia de numerosos fieles siro-malankareses en América del Norte, el Papa Benedicto XVI erigió un Exarcado Apostólico para los fieles siro-malankareses en los Estados Unidos. Hace diez años, al elevar el Exarcado al rango de Eparquía, mi venerable predecesor el Papa Francisco extendió el cuidado del obispo eparquial también a todos los fieles siro-malankareses en Canadá.

Con intenciones similares, ya en mi primer año de pontificado nombré al primer Visitador Apostólico por tiempo indefinido para los católicos siro-malankareses de toda Europa, Su Excelencia Mar Osthathios. Su responsabilidad es verificar la situa-

Yo no te olvidaré (Is 49,15)

ción actual de la atención pastoral, con miras a presentar propuestas a los obispos locales y a la Santa Sede por el bien espiritual de los fieles. A este respecto, he pedido al Dicasterio para las Iglesias Orientales que me ayude «a definir principios, normas y directrices mediante los cuales los pastores latinos puedan apoyar concretamente a los católicos orientales de la diáspora, preservar sus tradiciones vivas y enriquecer con su especificidad el contexto en el que viven» (Ibidem). La misma Institución Curial me ayudará a evaluar las mejores formas de sentar cimientos sólidos y duraderos para que las futuras generaciones de fieles siro-malankareses continúen profundizando su amistad con el Señor Jesús a través del compromiso con sus tradiciones únicas, aportando así un beneficio a toda la Iglesia católica.

Queridos hermanos y hermanas, les pido a todos ustedes que promuevan una mayor conciencia sobre la preciosa identidad de la Iglesia siro-malankara y su identificación con ella, participando en su vida eclesial y viviendo su herencia única, conscientes de su gran dignidad, permaneciendo al mismo tiempo unidos al arzobispo mayor y al Sínodo de los Obispos. Sabiendo que los cristianos de Santo Tomás de la India tienen la bien merecida fama de tener familias devotas de las que surgen muchas vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, rezo para que en sus hogares y en sus corazones, especialmente en los de los jóvenes, siga prosperando una fe fuerte.

Al invocar de Dios Todopoderoso abundantes gracias sobre todos los que se unen a ustedes para celebrar esta ocasión gozosa, para que puedan seguir a Cristo cada día más de cerca, convirtiéndose en mensajeros de esperanza para todos, les imparto de buen grado mi Bendición Apostólica. ¡Que la Santísima Virgen María, Reina de la Paz, San Tomás Apóstol y todos sus Santos Patrones, especialmente el venerable Mar Ivanios, intercedan por ustedes! Gracias.

Queridos hermanos y hermanas:

Por boca del profeta Isaías el Señor promete que no se olvidará nunca de ninguno de nosotros. Nos asegura que nuestros rostros los lleva tatuados en las palmas de sus manos (cf. Is 49,16) y que su amor es más grande que el de una madre por su hijo (cf. Is 49,15). El profeta nos permite entrever un diálogo íntimo y personal en el que Dios se dirige a cada uno y al pueblo tratándole de “tú”. También hoy podemos leer estas palabras dirigidas a nosotros y cada uno puede escuchar ese “nunca te olvidaré” como referido a sí mismo.

Son palabras que nos llenan de consuelo y de confianza. Son la respuesta a un angustioso sentimiento que agita el corazón: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado» (Is 49,14). ¡Cuántas veces en la Sagrada Escritura, en particular en los salmos, la oración nace de la desorientación de quien tiene la impresión de que la propia vida no le interesa a nadie y se desprecia a uno mismo! La dolorosa sensación de ser olvidados, desafortunadamente, es común en muchas personas, especialmente entre los mayores.

Sin embargo, el amor de Dios, que no olvida a ninguno, se presenta como acto de justicia y respuesta al anonimato, en el cual muy frecuentemente la vida humana acaba por perderse. En particular, sobre la vida de muchos mayores parece haberse extendido un velo que difumina los rasgos de los rostros y los cubre con el olvido. Es lo que sucede en las casas donde reina la soledad y también en aquellos lugares de hospitalización donde la singularidad de cada persona corre el riesgo de ser reducida al número de su cama o a su patología.

La celebración de la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores es una oportunidad para redescubrir que la Iglesia está llamada a ser madre de todos y que en cualquier edad es posible descubrirse siempre como hijos e hijas de Dios. Que esta Jornada sea, por lo tanto, un estímulo para todos, en particular para los más jóvenes, y así retomar la bella

MENSAJE DEL PAPA LEÓN XIV PARA LA VI
JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS
ANCIANOS

costumbre de visitar a los propios abuelos, los mayores de la familia y también a aquellos que no reciben ninguna visita. Llévenles, junto con este mensaje y su presencia, la cercanía y el afecto del Papa. Háganlo de tal modo que las palabras del profeta “Yo nunca te olvidaré” adquieran la forma de un tierno y afectuoso encuentro. «En una época que tiende a acelerar y a fragmentar, la carne humana sigue pidiendo ser cuidada y reconocida por manos capaces de ternura, por mentes atentas y buenas palabras. La cultura digital multiplica las conexiones y ofrece nuevas posibilidades de encuentro; sin embargo, el corazón humano conserva una necesidad irrenunciable de proximidad» (Carta enc. Magnifica humanitas, 239).

La Iglesia conoce el sufrimiento de sus hijos más mayores, sabe bien que muchas veces se les mira con prejuicios y se les considera un peso; es sabedora de que una economía concentrada sobre el beneficio debilita las relaciones familiares; sabe que muchos ancianos son abandonados por los hijos que se ven obligados a migrar o, en algunos casos, a combatir en la guerra. Por cada uno de estos motivos, se alegra de anunciar la promesa del Señor: “Yo nunca te olvidaré”.

Es agradable descubrir a cualquier edad, pero especialmente cuando no se es ya joven, como dijo el beato Juan Pablo I, que somos destinatarios «de parte de Dios de un amor atemporal. Sabemos: tiene siempre abiertos los ojos sobre nosotros, incluso cuando parece que sea de noche. Es padre; más aún, es madre» (Ángelus, 10 septiembre 1978). Aunque no sea espontáneo pensar así, la verdad es que ni siquiera cuando somos mayores dejamos de ser hijos e hijas, y por eso sigue siendo válida cada día la invitación a volver a los brazos de Dios, cuyo amor es paternal y maternal a la vez.

El descubrimiento de la ternura de Dios, para muchos, sucede en el transcurso de la existencia, muchas veces propiamente en el último tramo de la vida. De hecho, cada vez más frecuentemente, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, es posible hacerse mayores sin haber tenido una experiencia real de fe. La edad avanzada, en este caso, a partir de las preguntas que nos hacemos con más urgencia en esta etapa de la vida, puede convertirse en el tiempo

oportuno para iniciar o retomar una vida espiritual. En este nuevo camino se puede reconocer que Dios, como dice san Agustín, «es madre porque calienta, porque nutre, porque amamanta, porque custodia» (Comentario al Salmo 26, II, 18). Es una conciencia que ayuda a no sentir vergüenza por la fragilidad que aparece y también a comprender que todos, siempre, tenemos necesidad los unos de los otros y requerimos atención y cuidados. A Dios, que se hace prójimo y al que aprendemos a reconocer en su ternura, podemos dirigirnos ahora con filial confianza en la oración. Nunca es demasiado tarde para comenzar a dirigirse a Él. Puede ser un gran don para todos.

Queridos mayores, el Papa Francisco hablaba de ustedes como de un “nuevo pueblo” (Catequesis, 23 febrero 2022), en tanto que el número de personas avanzadas en edad nunca había sido así de elevado en la historia humana. Es cuanto más importante, pues, con ustedes, “nuevo pueblo”, reflexionar sobre cuál puede ser nuestra vocación cuando la fragilidad, que acompaña al hombre desde su nacimiento, parece tomar el control. Quiero decirles: ¡no tengan miedo de la fragilidad! Propiamente esta debilidad lleva consigo una nueva potencialidad que ilumina también las demás edades de la vida. De hecho, cuando es aceptada y reconocida, la fragilidad «abre el corazón a la ayuda mutua y a la invocación de Aquel que puede dar lo que ningún poder humano es capaz de garantizar: la reconciliación profunda de los corazones y con ello la paz verdadera» (Encuentro con la comunidad argelina, Basílica de Nuestra Señora de África, Argel, 13 abril 2026).

De esta forma podemos vivir como cristianos el tiempo de la ancianidad: “frágiles”, pero al mismo tiempo “llamados”. Un hombre y una mujer pueden renacer cuando son mayores (cf. Jn 3,4-6) y exclamar con el profeta: «Su salvación está en convertirse y en tener calma, su fuerza está en confiar y estar tranquilos» (Is 30,15). Una fuerza que puede convertirse en una invitación a no recurrir a los caminos de la arrogancia y del poder para garantizar la convivencia humana, sino a los caminos de la reconciliación y de la paz verdadera. En este tiempo, marcado de una manera tan fuerte por la violencia bélica y social, muchos se interrogan acerca de cómo

mo será el mundo en el cual crecerán los propios nietos. Les exhorto, queridos hermanos, a unirse a mí en la oración constante para que llegue pronto la paz al mundo entero.

Hermanas y hermanos mayores: les agradezco porque me sostienen cada día con sus oraciones, especialmente cuando recitan el santo rosario. Se lo agradezco de corazón y les dejo este deseo: que el Señor les renueve siempre en la fe, en la esperanza y en la caridad, ¡Él, que nunca se olvida de nosotros!

Vaticano, 15 de junio de 2026

LEÓN PP. XIV

SALUDO DEL PAPA A LOS REPRESENTANTES DEL
CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y FORMACIÓN DE
PROTECCIÓN AL MENOR (CEPROME)

Salita del Aula Pablo VI, miércoles, 17 de junio de 2026

La Iglesia sea para todos un lugar seguro

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Buenos días y bienvenidos.

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegro de recibirlos esta mañana, a ustedes que vienen de distintos países de América Latina, pero que tienen muy claro un objetivo común: trabajar a fin de que las comunidades eclesiales sean lugares seguros para todos, especialmente los niños, los adolescentes y las personas más vulnerables. Gracias por estar aquí y por realizar esta tarea tan importante.

Quisiera invitarlos a considerar cómo los primeros discípulos desde que se encontraron con Jesucristo quedaron cautivados, y ese momento marcó sus vidas de manera que comenzaron un camino de conversión, hasta el punto de entregarse por Él sin reservas. Pero esa experiencia no es algo del pasado: todas las personas estamos llamadas a tener ese encuentro con el Resucitado y la oportunidad de vivir

un proceso de identificación con Él. Eso, sin duda se da a través de la evangelización, y aquí es donde tiene lugar su labor: para que haya una verdadera experiencia de amor con el Señor, es necesario que tengamos espacios seguros. El encuentro con Cristo nos marca de manera positiva y nos proyecta a una vida plena de amor y libertad, mientras que sucede todo lo contrario con las situaciones de abuso, provocando heridas traumáticas que condicionan y merman el desarrollo espiritual y humano de la persona.

Es en la advertencia del mismo Señor en la que se funda la misión que ustedes han querido asumir, respondiendo al llamado de Cristo, cuando advierte sobre el cuidado de no ser un motivo de escándalo para los más pequeños (cf. Mt 18,6). En mi reciente viaje apostólico a España, les hablaba a los obispos sobre el dolor de quienes han sido heridos por quienes debían cuidarlos, situaciones ante las que «la comunidad eclesial está llamada a responder con la escucha, la verdad, la justicia, la reparación y un compromiso cada vez más decidido en la prevención y la cultura del cuidado» (Discurso a los obispos de España, 8 junio 2026). Esta tarea, a pesar de ser principal responsabilidad de quienes somos llamados a ser pastores, es un mandato para todos en la Iglesia, y algunos, como ustedes, la han asumido incluso en el ámbito profesional.

Yo les agradezco y al mismo tiempo los animo a seguir adelante con esta gran labor, fortaleciendo las redes de colaboración entre las Iglesias locales y las instituciones civiles, promoviendo la cultura de la prevención y del cuidado de los más vulnerables. Mi deseo es que todos los espacios en la Iglesia, ya sean físicos o virtuales, sean verdaderamente lugares para el encuentro fecundo con Jesucristo, libres de miedos, sospechas o desconfianzas.

Hermanos y hermanas, los encomiendo al amparo de la Virgen Santísima para que continúen trabajando por este sueño y que, cada vez más, vayan haciendo que toda la comunidad eclesial se involucre en él. Y con estos sentimientos, les imparto la Bendición Apostólica, que extendiendo a sus familias, amistades y demás seres queridos. Muchas gracias.

La fe en España es signo de la necesidad de unidad no ideológica

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Hoy deseo proponer algunas reflexiones sobre el viaje apostólico a España que realicé la semana pasada para visitar Madrid, Barcelona, la abadía de Montserrat y las islas Canarias.

Después del largo viaje a cuatro países africanos, esta vez me he encontrado inmerso en un país europeo de antigua y riquísima tradición católica. Y ha quedado claro que en la España de hoy, que ha conocido notables cambios sociales y culturales, el Papa ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y apertura a la escucha. Doy gracias por ello a Dios y a todo el pueblo español, al Rey y a las autoridades civiles, a los obispos y a las comunidades eclesiales. El pueblo de Dios me ha confortado grandemente con la festiva manifestación de su fe y de su afecto. Por mi parte, he confirmado a los fieles y, como obispo de Roma, los he animado a superar cualquier forma de división y de contraposición, y a cultivar siempre la comunión, el diálogo, la unidad en la diversidad. Este es el servicio propio del Sucesor de Pedro, servicio que en los viajes apostólicos encuentra una expresión específica, siempre adecuada a las situaciones eclesiales y sociales de los países visitados.

En el caso de España, he podido notar con alegría cómo la gente, de todas las edades y condiciones, esperaba la visita del Papa: en todas partes he encontrado multitudes que me han dado la bienvenida con gran cariño. Este hecho no era algo que se pudiera dar por sentado, y merece una reflexión. Naturalmente, esta participación expresa, ante todo, como decía, la fe del pueblo español; al mismo tiempo, considero que manifiesta la necesidad generalizada de reencontrarse unidos sobre un fundamento verdadero y profundo, no ideológico ni de interés parcial. Ese fundamento que solo Cristo, en

último término, puede asegurar, y que el Evangelio, a través de las necesarias “inculturaciones”, puede transmitir a la vida de los pueblos. Puede hacerlo porque su mensaje responde plenamente a estas dos exigencias: la búsqueda de la verdad y la sed de justicia.

En Madrid y Barcelona, nos hemos reunido en las grandes catedrales, así como en los modernísimos estadios. Hemos rezado el Santo Rosario en la abadía de Montserrat. Hemos celebrado en la Sagrada Familia, símbolo majestuoso, sinfonía de piedra y luz que habla a todos del misterio cristiano. Este encuentro de lo antiguo y lo moderno, de la tradición católica y la cultura contemporánea, me ha hecho percibir directamente el carácter propio de Europa, su riqueza inestimable, como realidad actual, no superada. Se trata de un patrimonio que hay que custodiar con cuidado, para poder invertirlo en el hoy global con sus desafíos históricos: la paz, la ecología integral, el desarrollo equitativo y sostenible, el respeto a la dignidad humana. Son desafíos que el Concilio Vaticano II ya había reconocido claramente, y sobre los que ha regresado el Magisterio sucesivo, hasta mi reciente Encíclica Magnifica humanitas, que tiene como objetivo la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial. He percibido, a través de los diversos encuentros, la necesidad de escuchar en la voz del Papa el Evangelio de la esperanza para esta humanidad nuestra de hoy, tan afectada por las consecuencias negativas de un modelo de desarrollo engañoso. Esta necesidad, que ha encontrado expresión en los numerosos testimonios que he podido escuchar -testimonios unas veces conmovedores, otras edificantes-, la he encontrado también, y sobre todo, en los rostros de los pequeños y de los pobres que he encontrado: del niño que en la parroquia me ha leído su carta; de algunas de las víctimas de abusos que piden ser escuchadas; de los detenidos que me esperaban en la cárcel; de los jóvenes llenos de inquietudes y de proyectos; de los migrantes en los centros de acogida de las Canarias.

Precisamente allí, en las islas Canarias, última etapa de nuestro itinerario, he encontrado una clave de interpretación general. Me la han ofrecido, por una parte, la misma posición geográfica del archipiélago

go; y, por otra, la realidad de una Iglesia local que acoge a un gran número de migrantes forzados, procedentes sobre todo de África. Sabemos que el fenómeno migratorio es complejo y que requiere planes de acción orgánicos y concertados. Pero esta clave de interpretación abre una perspectiva diversa y más amplia: nos hace entender que estamos llamados a releer el Evangelio en el mundo de hoy intercambiándonos los dones de nuestras respectivas culturas y, en especial, los frutos que produce en ellas la fecundidad del mensaje de Cristo. Y uno de estos frutos es precisamente el diálogo entre las personas y entre los pueblos, el encuentro con espíritu de fraternidad, que permite descubrir y apreciar recíprocamente los valores de los que el otro es portador. Este camino no es fácil; requiere buena voluntad y la ayuda de Dios, pero es el camino que conduce a la civilización del amor.

Queridos hermanos y hermanas, el lema de este viaje apostólico era “Alzad la mirada” (cfr. Jn 4,35). Son palabras que Jesús dirige a sus primeros discípulos para enseñarles a ver en las personas y en las multitudes el deseo de vida, de verdad, de plenitud. El Señor repite estas palabras, a mí el primero, y con su gracia lo he experimentado durante el viaje. Hoy quisiera compartir con ustedes esta invitación: ¡alcemos la mirada! Aprendamos de Jesús a mirar al prójimo, la gente, el mundo, “con los ojos de Dios”, es decir, con amor, respeto y compasión.

Finalmente, quiero dar las gracias a cuantos han rezado por el éxito de este viaje apostólico, especialmente a las comunidades de monjas contemplativas, que en España, gracias a Dios, son muy numerosas. Sigán rezando para que, mediante la intercesión de la Virgen María, las semillas que he esparcido den frutos abundantes. ¡Gracias!

Llamamiento

Acojo con satisfacción el acuerdo alcanzado entre la República Islámica de Irán y los Estados Unidos de América, que se firmará el viernes, como resultado alentador de un paciente trabajo de diálogo y de negociación. Expreso mi gratitud a los países que se han esforzado por favorecer el encuentro entre las partes y hacer posible dicho entendimiento. Espero

que este acuerdo contribuya a reforzar la confianza recíproca, la seguridad y la estabilidad en Oriente Medio, y promueva caminos de diálogo y cooperación entre los pueblos.

Por otro lado, llegan noticias dolorosas sobre la guerra en Ucrania, que sigue extendiéndose: numerosas víctimas inocentes, rescatistas muertos, iglesias y lugares del patrimonio cultural devastados por las llamas. Expreso mi cercanía a cuantos lloran la pérdida de sus seres queridos, a los heridos y a quienes, en medio de la violencia, siguen sirviendo a la vida con valentía. Invito a todos a rezar para que esta guerra termine. Pidamos al Señor que abra vías de diálogo, que apague el odio y que haga posible una paz justa y duradera.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Tal como indicó Jesús a sus discípulos, los invito a alzar la mirada para aprender a ver en las personas su deseo de vida, de verdad y de plenitud (cf. Jn 4,35). Que Él nos enseñe también a nosotros a mirar a los demás con los ojos de Dios, es decir, con amor, respeto y compasión. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

SALUDO DEL PAPA LEÓN XIV A LOS MIEMBROS
DE LA JUNTA DIRECTIVA DE LA UNIVERSIDAD
HEBREA DE JERUSALÉN

Sala del Consistorio, jueves, 18 de junio de 2026

Artisanos de paz verdadera

Estimados amigos, me complace saludarlos a todos ustedes, quienes representan a la Junta Directiva de la Universidad Hebrea de Jerusalén, en esta mañana en que visitan el Vaticano y Roma. Espero que el tiempo que van a pasar aquí les permita profundizar su conocimiento tanto de la Ciudad del Vaticano como de Roma, un lugar que no solo es fundamental para los orígenes y el crecimiento de la fe cristiana, sino que durante milenios también ha propiciado el encuentro entre culturas y pueblos.

Las universidades también han sido desde siempre lugares de encuentro, que reúnen a estudiantes y profesores para crecer en conocimiento a través del estudio académico y la investigación, así como a través de las amistades y los vínculos profesionales que se establecen de manera espontánea. Aunque no siempre es fácil, las universidades deben trabajar constantemente para garantizar que sigan existiendo oportunidades para encuentros significativos. Es una parte esencial de la vida de cualquier institución de educación superior, ya que nuestras relaciones con los demás, nuestros idiomas y nuestras culturas son sumamente importantes para lo que somos como seres humanos (cfr. Discurso a los profesores y estudiantes de la Universidad «Sapienza» de Roma, 14 de mayo de 2026).

Como lugares naturales de encuentro, por lo tanto, las universidades han sido tradicionalmente también espacios privilegiados de diálogo, en los que la búsqueda del conocimiento está intrínsecamente ligada al intercambio de ideas entre todos los miembros de la comunidad académica. En un ambiente en el que es posible el diálogo respetuoso, todos pueden enriquecerse en el conocimiento al aprender de los puntos de vista y de los testimonios vivos de los demás, incluso de aquellos con quienes se puede estar en desacuerdo. En estos entornos, con paciente perseverancia, es posible trabajar gradualmente para derribar cualquier barrera de malentendidos y desconfianza que pueda surgir.

En este sentido, en una época a menudo caracterizada por la violencia y la retórica mordaz, los miembros de su variada comunidad universitaria pueden seguir siendo «artesanos de la paz verdadera: una paz desarmada y desarmante, humilde y perseverante, trabajando por la concordia entre los pueblos» (Ibíd.). Los Salmos nos dicen que Dios, quien nos ama incondicionalmente, habla de paz a su pueblo y a quienes se dirigen a él en su corazón (cf. Sal 85, 8-9). Dios nos pide que seamos sus instrumentos para llevar la paz al mundo, pero debemos comenzar por nosotros mismos. Como escribió san Agustín de Hipona: «Si quieren atraer a los demás a la paz, tenganla ustedes primero; sean ustedes, ante todo, firmes en la paz. Para encender a los demás, deben tenerla ustedes, en su interior, como

una luz encendida» (Discurso 357, 3). En lugar de pensar que la paz es imposible y está fuera de nuestro alcance, debemos tratar de promoverla en nuestras comunidades y de acogerla y reconocerla en nuestra vida (cfr. Mensaje para la LIX Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2026). Rezo para que, al formar artesanos de la paz, la comunidad universitaria pueda seguir siendo un faro de esperanza y de unidad en un mundo cada vez más dividido.

Mis queridos amigos, con estos sentimientos les agradezco su presencia e invoco sobre todos ustedes y sus seres queridos las bendiciones divinas de la sabiduría y la armonía.

Gracias.

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS
PARTICIPANTES EN LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA
REUNIÓN DE LAS OBRAS PARA LA AYUDA A LAS
IGLESIAS ORIENTALES (ROACO)
Sala Clementina, jueves, 18 de junio de 2026

Custodios del Oriente cristiano plagado de guerra y precariedad

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡La paz esté con ustedes!

Eminencia, Excelencias,

queridos sacerdotes, hermanos y hermanas,

¡les doy a todos ustedes la más cordial bienvenida!

Me complace reunirme con ustedes al término de su Asamblea plenaria anual; saludo al prefecto, el cardenal Gugerotti, a los demás superiores y, a los funcionarios del Dicasterio para las Iglesias Orientales y, en particular, a ustedes, miembros de las agencias de la ROACO.

Además del trabajo en los proyectos de ayuda a las Iglesias Católicas Orientales, que constituye el motivo principal de su encuentro, sé que en esta ocasión han centrado sus reflexiones en un tema específico: la formación de los clérigos y monjes en los seminarios y colegios orientales.

Creo que ha sido una elección muy acertada. De he-

cho, socorrer a una Iglesia no significa solo proporcionarle medios materiales de subsistencia, sino también ayudarla a crecer en su identidad y en su fuerza evangelizadora, que se basan en la formación de los ministros, llamados a difundir sus riquezas espirituales. Y las comunidades católicas orientales atesoran muchas de ellas, compartiéndolas con los hermanos y hermanas de las Iglesias ortodoxas. Sí, las Iglesias católicas orientales tienen un gran don que ofrecer a toda la comunidad católica, que a menudo ignora que en su seno conviven diversas tradiciones eclesiales.

Nuestra Madre Iglesia es, por lo tanto, unida, pero no uniforme; su seno fecundo ha dado a luz diversas tradiciones espirituales y teológicas, ritos y disciplinas diferentes, que se enriquecen mutuamente. Nos hace bien profundizar en esos tesoros junto con los millones de hermanos y hermanas católicos orientales, al tiempo que anhelamos avances hacia la plena unidad con todas las Iglesias orientales. De hecho, todas las antiguas Iglesias orientales nos remiten a los orígenes de la fe, hacen resplandecer la luz de la gracia a través de liturgias llenas de sacralidad, manifiestan en el culto de alabanza el misterio de Dios a quien hay que adorar, dan testimonio del poder de la oración de intercesión y ofrecen contenidos espirituales que llenan el corazón de asombro y admiración agradecida por la belleza que revelan. Además, inducen a los fieles a expresar su oración de acuerdo con las características teológicas y antropológicas que mejor se adaptan a cada uno, hasta tal punto que el Concilio Vaticano II observó, al referirse al Oriente y al Occidente cristianos: «No es de extrañar, pues, que algunos aspectos del misterio revelado sean a veces percibidos de manera más adecuada y presentados bajo una luz más favorable por uno que por el otro, de modo que se puede decir que esas diversas fórmulas teológicas no pocas veces se complementan, en lugar de oponerse» (*Unitatis redintegratio*, 17).

Ahora bien, el Oriente cristiano solo se preserva si se conoce: perder ese conocimiento significa empobrecer a la Iglesia. Pero para aprenderlo y amarlo es necesario invertir en la formación. Ya hace más de treinta años, San Juan Pablo II señaló esta necesidad, reiterando con firmeza, entre otras cosas, la ne-

cesidad de «conocer la liturgia de las Iglesias de Oriente; profundizar en el conocimiento de las tradiciones espirituales de los Padres y los Doctores del Oriente cristiano; [...] ofrecer en los seminarios y en las facultades de teología una enseñanza adecuada sobre estas materias, sobre todo para los futuros sacerdotes» (*Carta apostólica Orientale lumen*, 24).

Por ello, la decisión de contribuir a promover la formación de los ministros sagrados, al escuchar a algunos especialistas que se dedican a ello, tal como lo han hecho en estos días, es un hermoso signo de atención concreta hacia estas Iglesias.

Este vínculo entre el conocimiento y la caridad, entre mentes abiertas y manos trabajadoras, requiere, sin embargo, también espíritu: un corazón no solo generoso, sino también habitado por la gracia, inflamado por el Espíritu Santo. Por eso, para que su labor, realizada con gran compromiso y dedicación, tenga un buen resultado, me permito recomendarles que cultiven siempre la vida espiritual, sobre todo mediante la constancia en la oración y en la vida sacramental. Las obras de bien, de hecho, no dan frutos duraderos si no se alimentan de la fuente del bien, la fuente que es Dios. Y si es cierto, ante todo, que «la fe sin obras está muerta», como leemos en la Carta de Santiago (2,26), también es cierto que las obras, sin una fe viva, son estériles.

Queridísimos, al observarlos y pensar en el servicio silencioso y benéfico que realizan, así como en los numerosos benefactores que, a través de ustedes, destinan recursos a quienes los necesitan, no puedo dejar de pensar en cuánto dinero, en este oscuro momento histórico, se desperdicia para matar, malgastado por tantos que fomentan las guerras. Mientras ustedes generan vida, ellos siembran muerte; mientras ustedes tienden la mano al hermano, ellos encontrarán enemigos a quienes aplastar; mientras ustedes crean diálogos, ellos buscarán monólogos; mientras ustedes abren caminos de esperanza, ellos encierran a los pueblos en el miedo; mientras ustedes construyen el futuro, ellos destruyen el presente.

¿Cómo no pensar en la dolorosa hemorragia de cristianos orientales que abandonan sus propios territorios, causada ante todo por la guerra que, lo reite-

ro, no resuelve problemas, sino que crea tragedias, tragedias que a menudo caen en el olvido general? Hija de la guerra, hay una plaga de la que quisiera hablar hoy y que sigue desangrando sobre todo a las Iglesias Orientales. La defino con una sola palabra: precariedad.

Cuando un visitante se dirige a un país que ha vivido conflictos sobre los que luego ha caído el silencio, las cosas pueden parecer, en general, tranquilas, aunque estén profundamente marcadas por los dramas del pasado. Sin embargo, esas sociedades se ven debilitadas por la inestabilidad de las instituciones, por la presencia de bandas armadas que se reparten el territorio, por una política condicionada y, no pocas veces, manipulada por agentes e intereses externos, que no opera con libertad, sino que se las arregla entre mil subterfugios, acuerdos secretos e intereses partidistas. Y así se genera una precariedad perenne, que sofoca las posibilidades de desarrollo y siempre recae sobre los pobres.

Esto hace que, en muchos países, el miedo y la inseguridad dominen en todas partes: el trabajo parece precario, el pago de los salarios es irregular, la atención médica, cuando funciona, es intermitente, y la educación es provisional. Y todo ello en detrimento de la gente común, de las familias, de los niños y los jóvenes, de los adultos mayores y de los enfermos. Se convierte en un drama que pesa sobre el corazón de todos, devora la esperanza e impide la construcción del futuro, fomentando la necesidad imperiosa de marcharse, como les sucede a tantos de nuestros hermanos y hermanas en la fe, especialmente en el Medio Oriente.

Quisiera hacer, una vez más, un llamado a reflexionar sobre las consecuencias de la guerra y la precariedad, y a prevenirlas con inteligencia y responsabilidad, porque todo esto no es fruto de un destino inevitable, sino de decisiones libres y, por lo tanto, de responsabilidades moralmente imputables. La historia demuestra cómo las tramas de la violencia y la prepotencia, del poder y el dominio, de las ganancias obtenidas sin justicia y sin escrúpulos, se vuelven no solo contra quienes las sufren, sino también contra quienes las persiguen. Oremos a Jesús, Señor de la paz, y exhortemos a las conciencias para que sean sensibles a la indignación; ¡y que se des-

pierte el respeto por la humanidad y un debido sentido de la civilización!

A ustedes y a tantos donantes que, en nombre del Evangelio, siguen comprometiéndose a poner remedio a tanta inhumanidad, les doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón. Los bendigo, queridos hermanos y hermanas, y los animo a perseverar en la caridad sin desanimarse, animados por la esperanza de Cristo. ¡Gracias!

DISCURSO DEL PAPA A LOS PARTICIPANTES EN EL FORO “DIÁLOGOS DEL BORGO LAUDATO SI’”

Sala del Consistorio, viernes, 19 de junio de 2026

Conciencia local y responsabilidad global por un mundo sin fragmentaciones

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos.

Acaban de concluir dos días de intenso trabajo en el Borgo Laudato Si’ de Castel Gandolfo. Se han reunido para participar en la primera edición de los «Diálogos del Borgo» —como acaba de explicar el cardenal Baggio—, el primer paso de un proceso destinado a renovar y re-imaginar la guía moral en un mundo que hoy parece fragmentado y ajeno a sus propias raíces históricas.

Y, hermanos, han debatido temas importantes, que también preocupan a la Iglesia católica: la inteligencia artificial y su relación con la humanidad, el envejecimiento y la vitalidad, el deporte y la diplomacia, y el futuro de la sostenibilidad. Han cumplido el deseo que expresé recientemente en mi Carta Encíclica Magnifica humanitas: «entrar en diálogo con todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, con quienes participamos juntos en los acontecimientos, las preguntas y las aspiraciones de la humanidad. Queremos identificar, junto con ellos, nuevos caminos para el bien común y la promoción de una vida digna para todos» (n.º 2).

En ese mismo documento también afirmé que «vivimos en una época de notable ceguera espiritual y

cultural. Un falso pragmatismo invita a cortar las raíces de la memoria, como si se pudiera inaugurar una especie de “nueva creación” desvinculada del pasado; incluso quienes invocan grandes principios morales pueden caer en este nihilismo histórico, creyendo ilusoriamente que las atrocidades del siglo XX ya no pueden repetirse» (n.º 204).

Sus diálogos se han construido sobre la visión de la sinodalidad de la Iglesia católica, escuchando desde la base y promoviendo al mismo tiempo la unidad global. Ustedes son expertos, líderes y profesionales provenientes de diversas partes del mundo, que trabajan en distintos campos, con una variedad de competencias, experiencias y visiones. Y a pesar de esta diversidad, todos están profundamente comprometidos con la transformación ecológica, social y económica del mundo.

Ante la tentación de construir la «torre de Babel», que representa la idolatría de la ganancia a costa de los más vulnerables y aumenta el riesgo de deshumanización, estamos llamados a contribuir a la construcción de la Nueva Jerusalén, la civilización del amor, en la que el amor es el único principio rector de la vida económica, política y cultural.

«La civilización del amor no nace de un gesto único y espectacular, sino de una suma de fidelidades pequeñas y tenaces, que hacen frente a la deshumanización. Por eso vale la pena detenerse y considerar algunos aspectos de cómo, cada uno en su ámbito, podemos colaborar en su construcción» (Magnifica humanitas, n.º 213).

Esto es lo que han hecho en el magnífico escenario de los Jardines Pontificios del Borgo Laudato Si', dejando que la belleza de la creación —y del Creador— los inspirara a combinar el conocimiento local con la responsabilidad global y a impulsar un proceso destinado a forjar un liderazgo valiente, tan necesario hoy en día.

Gracias por su apertura y disposición para participar en este proceso, que los reunirá nuevamente en otros contextos importantes y que abre caminos para nuevos avances.

Que el Señor bendiga sus esfuerzos y les conceda la gracia de ser humildes constructores de la Nueva Jerusalén, la ciudad de Dios, que ofrece agua viva a los sedientos y cuidados, reconocimiento, palabras

amables y manos capaces de ternura a cada ser humano.

Gracias.

HOMILÍA DE LEÓN XIV EN PAVÍA

Basílica de San Pietro in Ciel d'Oro (Pavía), sábado, 20 de junio de 2026

Expertos en el arte de escuchar y acompañar

Eminencia,

Excelencias, queridos hermanos en el episcopado, queridos sacerdotes y diáconos, queridos religiosos, religiosas y seminaristas, mis hermanos agustinos, hermanos y hermanas,

me alegra estar aquí entre ustedes y agradezco al obispo, monseñor Corrado Sanguineti, y al padre Joseph Farrell, prior general de la Orden de San Agustín, por las palabras de bienvenida que me han dirigido. Me alegra lo que he escuchado acerca de esta Iglesia de Pavía: una comunidad de antigua tradición que permanece viva y presente en la ciudad y en el territorio, atenta a los signos de este tiempo y a sus desafíos, sin dejarse desanimar por las dificultades, por el contexto secularizado ni por los retos que plantea la transmisión de la fe.

Para no desanimarse se necesita una mirada animada por el espíritu de la fe, que ayude a leer la realidad de manera más profunda de lo que parece a primera vista, y a no caer en una actitud negativa, pesimista, incapaz de generar vida nueva. La mirada que se nos pide —y que el Espíritu Santo nos concede— es, en cambio, la de Jesús. En medio de las dificultades y los malentendidos, Él ve la mano providencial del Padre en los lirios del campo, en las aves del cielo (cf. Mt 6,28-29), alimenta la esperanza en la pequeña semilla que crece (cf. Mc 4,30-33) e invita a levantar la vista y contemplar los campos que ya resplandecen para la cosecha (cf. Jn 4,35). En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el Papa

Francisco nos ha animado a esta lectura espiritual de la realidad, diciendo: «La mirada de fe es capaz de reconocer la luz que el Espíritu Santo siempre difunde en medio de la oscuridad [...]. Nuestra fe tiene el desafío de vislumbrar el vino en el que el agua puede transformarse, y de descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña» (n.º 84).

Iluminados por la esperanza del Evangelio y inspirándonos en lo que nos ha dicho en la lectura el apóstol Pedro (cf. 1 P 2,4-10), quien llama «piedras vivas» a los discípulos del Señor, preguntémonos: ¿cómo podemos hoy, aquí en Pavía, ser una Iglesia viva?

La primera indicación del Apóstol es esencial: permanecer unidos a Cristo, la piedra viva, rechazada por los hombres pero, elegida por Dios. Cristo es el fundamento del edificio espiritual; es la piedra angular colocada como base de nuestro camino eclesial, de la acción pastoral y de la evangelización (cf. vv. 4-5).

Este hecho de ser edificados y de edificar en Cristo nos preserva del riesgo de dispersarnos y agotarnos en cosas secundarias, tal vez buenas, pero que no apuntan a lo esencial. Naturalmente, estamos llamados a ser realistas, y sabemos que en las comunidades parroquiales y en la vida de una diócesis hay muchas urgencias y muchos compromisos que requieren presencia y múltiples actividades. Sin embargo, se trata de llevar todo de vuelta al centro, de construir siempre a partir de la piedra angular, de evitar que nuestras acciones resulten dispersas, centradas únicamente en nosotros mismos y en nuestros esfuerzos. Puesto que el centro es Cristo, todos bebemos de esta única fuente y sometemos nuestro compromiso al discernimiento que proviene de su luz y de su Palabra. Cultivemos, pues, una Iglesia en la que se camine juntos, capaz de renovarse sin dividirse, en la que todos se reconozcan como hermanos y trabajen con alegría al servicio del Reino de Dios.

Esto implica lo que decía al principio su Obispo: debemos aprender a ser comunidades cristianas centradas en lo esencial, aunque ello implique renunciar a alguna estructura y a alguna seguridad del pasado. Lo esencial es vivir con Cristo, y difundir su Evangelio es lo que debe importarnos. Se lo

recomiendo ante todo a los sacerdotes, quienes a veces pueden sufrir una sensación de dispersión interior, de cansancio por las múltiples obligaciones: regresen siempre al centro, unifiquen todo en la relación con el Señor, y en Él descubran la alegría de la fraternidad sacerdotal y el trabajo pastoral en común con los laicos. Y se lo recomiendo también a las religiosas y a los religiosos, quienes a menudo experimentan la dificultad de hacer vivo el carisma al que pertenecen, pero que siempre necesitan volver a partir de Cristo y poner en común los dones recibidos tanto con otras comunidades religiosas como con el conjunto de la Iglesia diocesana.

Adherirnos a Cristo, la piedra angular, nos permite también enfrentar los desafíos actuales relacionados con la transmisión de la fe y la práctica religiosa. En una época en la que muchas personas parecen haber perdido el gusto espiritual o, por diversas razones, ya no logran percibir como atractiva la propuesta de la fe cristiana para su vida, estamos llamados ante todo a llevar el anuncio del Evangelio, un anuncio gozoso y liberador de Jesucristo, que haga resaltar la belleza de la fe para nuestra vida y para nuestra sociedad. Hoy en día existe una necesidad cada vez mayor de acompañar a las personas en el descubrimiento o redescubrimiento de la fe. Por eso, es necesario anunciar el núcleo del Evangelio, es decir, a Jesús, quien en su encarnación, muerte y resurrección nos revela el misterio de Dios y, al mismo tiempo, el misterio que somos nosotros mismos. «Una pastoral de carácter misionero [...] se centra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y, al mismo tiempo, lo más necesario» (*Evangelii gaudium*, 35).

En este contexto, la figura de San Agustín resplandece con una luz preciosa. Su pensamiento, la historia de su conversión y su espiritualidad nos recuerdan el valor y la primacía de la interioridad: «No salga de sí mismo, regrese a sí mismo: la verdad habita en el hombre interior» (*De vera religio*, XXXIX, 72). La necesidad de volver a uno mismo, de no dispersarse en la fragmentación exterior, de buscar y encontrar un sentido que oriente nuestra vida y anime nuestras relaciones, es una exigencia común a todos: hoy resurge de diversas maneras incluso en el ajetreo y la dispersión de la vida cotidiana.

na, sobre todo en las preguntas de los más jóvenes. Cuando nuestro testimonio de fe es coherente y apasionado, nosotros mismos nos convertimos en «piedras vivas» que conforman el edificio espiritual que es la Iglesia. El estilo de vida de los cristianos, que en los inicios resultaba nuevo y asombroso al compararse con el mundo judío y con el pagano, debe seguir siéndolo hoy en día, en el mundo actual. Unidos a Cristo podemos, de hecho, expresar nuestro sacerdocio santo, ofreciendo cada día sacrificios espirituales (cf. 1 Pe 2,5). Entretejido de oración y de servicio al prójimo, este culto transforma nuestra vida en un signo del Evangelio a través de nuestras decisiones, acciones y relaciones.

Queridísimos, como piedras vivas, estamos llamados a ser una Iglesia bien arraigada en el territorio, una Iglesia que camina en medio de las dificultades y las esperanzas de la gente, experta en el arte de escuchar y acompañar, cuidando las relaciones con las familias, con quienes se preparan para recibir los sacramentos y también con quienes se acercan de vez en cuando o están alejados de la vida de fe.

Sé que ya están animados por esta pasión pastoral y los invito a cultivarla sin desanimarse, tratando de llegar a todos con la alegría del Evangelio, valorizando lo mejor de su historia –pensemos en los oratorios– y experimentando nuevas posibilidades de encuentro. Merece especial atención el compromiso de dar coherencia a las redes de pequeñas comunidades que se reúnen en los hogares en torno al Evangelio, abiertas al servicio de la comunidad parroquial o pastoral. La escucha de la Palabra genera vitalidad espiritual, estimula el testimonio en los ámbitos de la vida –incluso a través de los movimientos y las asociaciones– y nos impulsa a acercarnos a los pobres. Y, especialmente aquí en Pavía destaco la importancia de la pastoral universitaria y del diálogo con la cultura. El estudio y la elaboración científica impulsan a los creyentes a concebir una propuesta de fe capaz de iluminar la búsqueda de la verdad, la justicia y la belleza que mueve el alma humana. Sé que han comenzado a dar pasos significativos para adoptar un estilo sinodal en la vida comunitaria, integrando el camino tradicional de las parroquias con nuevas iniciativas de evangelización. Por eso los invito a continuar por este camino,

aprendiendo cada vez más a caminar juntos, en el discernimiento común y elaborando proyectos compartidos, cultivando la fraternidad y promoviendo la corresponsabilidad.

Queridos hermanos y hermanas, que la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, les conceda el ardiente deseo de vivir y dar testimonio del Evangelio, en la caridad fraterna que nos convierte en un único pueblo en camino hacia Dios. Al venerar las reliquias del santo padre Agustín, pido que él, junto con su patrón, San Siro, interceda siempre por esta Iglesia y por la ciudad de Pavía. ¡Gracias!

ENCUENTRO CON LOS CIUDADANOS EN PAVÍA
Plaza de la Victoria (Pavía), sábado, 20 de junio de 2026

No hay razón sin fe

Excelencia Reverendísima,

Señor Alcalde,

Distinguidas autoridades,

¡queridos hermanos y hermanas!

Les agradezco su acogida, tan festiva, y sus amables palabras de bienvenida. A través del obispo y del alcalde, la propia Pavía se presenta dando voz a la belleza de su ciudad. Es una belleza exigente, ya que representa la preciosa herencia de un pasado que se convierte en un compromiso para el presente. La ciudad es, en efecto, un regalo y una tarea para quienes la habitan: desde esta plaza todos nos damos cuenta de ello, al observar cómo la vida de los ciudadanos se refleja en los edificios y en las piedras que nos rodean.

Nos encontramos entre monumentos que hablan de ustedes y que, por lo tanto, les hablan a ustedes. Me refiero no solo a los antiguos, sino también a las casas, las escuelas, la universidad, el hospital y los centros parroquiales. Todos son lugares significativos, estructuras dotadas de un sentido propio, que dan testimonio de la acogida, la educación y la cultura. De formas distintas, dan fe de un mismo cuidado por la persona en comunidad, con su dignidad y sus valores, aquellos que los unen como un solo pueblo y que también constituyen la base de la Constitu-

ción italiana.

Al recorrer el centro histórico de Pavía, en las calles y plazas se respira una belleza cargada de historia, no superficial. Esta es una característica de las ciudades europeas: al tiempo que reconocemos en ellas el ingenio y el sentido cívico de quienes las construyeron, nos damos cuenta de cómo el valor del tejido urbano sustenta su vida cotidiana y el papel propio que cada una de ellas desempeña en el ámbito nacional e internacional.

El nombre «ciudad», del latín *civitas*, indica, además de un lugar, una condición humana: la ciudad es una para todos, es singular y plural. El pueblo que la habita constituye en ella una sociedad, es decir, un organismo que debe estar bien ordenado en sus relaciones y en sus leyes. Ser sociales significa ser solidarios, comportándose como auténticos socios: motivados por el bien común y no por intereses particulares. ¡Los ciudadanos son siempre ciudadanos! De hecho, se denomina precisamente «municipio» a la entidad democrática que se ocupa de la ciudad, promoviendo el bienestar de quienes la habitan.

Puesto que, por lo tanto, el pueblo es responsable del espacio público, ante los desafíos actuales preguntémonos qué fortalece y qué erosiona nuestros hogares; preguntémonos qué da estabilidad y qué daña a nuestra sociedad. De lo contrario, lo que es de todos corre el riesgo de convertirse en de nadie: cuando la indiferencia parece desintegrar nuestra comunidad, es necesario renovar la participación activa de todos en la vida ciudadana. Ante las formas de deterioro y de analfabetismo cívico, estamos llamados a compartir lenguajes de dedicación y servicio, que cuiden las plazas, los parques y las calles como lugares de encuentro por excelencia. Esta buena ciudadanía sabe cultivar la concordia a través del diálogo y el encuentro constructivo entre las personas y las culturas que dan vida a Pavía.

Hoy los invito a cada uno de ustedes a repetir en su interior: ¡Me importa nuestra ciudad! Me importa la salud de quienes están a mi lado, me importa la belleza del lugar donde vivo, me importa la calidad de vida en los entornos donde trabajo y donde paso mi tiempo libre. Me importa esta llanura tan fértil, donde cada campo y cada zanja lleva las huellas del

trabajo paciente de quienes, durante siglos, han escuchado el ritmo de la creación, sintiéndose en armonía con la naturaleza.

El cultivo de la tierra refleja la promoción de la cultura, que encontrará en Pavía un modelo particularmente exitoso. Al recordar su ilustre tradición académica, pienso sobre todo en los jóvenes y en los estudiantes que asisten a la universidad de la ciudad. En este centro cultural, ellos no experimentan una simple acumulación de conocimientos, sino un sistema capaz de formar a la persona sin especular con su trabajo. Promover las ciencias, de hecho, significa promover al ser humano, quien siempre debe seguir siendo el protagonista de sus propias investigaciones.

Desde esa perspectiva, a cada tipo de conocimiento le corresponde una forma de cuidado: así como la ciencia médica se ocupa del cuerpo humano, la jurisprudencia se preocupa por el cuerpo social y la filosofía considera el pensamiento, a partir del cual el ser humano desarrolla todas sus artes. Todo lo que llegamos a saber del mundo nos permite conocernos a nosotros mismos y nos lleva a cuestionarnos nuevamente nuestra existencia, sedienta de verdad y de justicia. El alma de San Agustín estaba llena de esta sed, ejemplo de la sana inquietud que agita a quien investiga, a quien estudia, a quien educa. Su figura, al tiempo que encarna el diálogo arduo y constante entre la fe y la razón, da testimonio de su pertenencia recíproca.

De hecho, no se puede creer sin pensar, ni es posible esclarecer las cuestiones más elevadas de la razón sin fe. Con esta apertura confiada, de hecho, la razón humana pregunta y proyecta: no se encierra en lógicas de lucro o de dominio, sino que descubre nuevas formas de cuidar de sí misma y del mundo. En la medida en que cree, el ser humano no se resigna al fin, a un fragmento histórico que termina con la muerte: es precisamente la fe la que nos recuerda que no somos súbditos de un destino anónimo, sino que sostiene la certeza de que Dios es creador y salvador de la vida.

En este sentido, también en la ciudad de Pavía la Iglesia actúa como un seno que acoge a todos, generando una nueva humanidad. Aún hoy, la institución más antigua de la ciudad está llamada a evan-

gelizar, ante todo, como hogar de fe y casa de caridad al servicio de los más pequeños, los pobres, los solitarios o los ancianos, involucrando en este cuidado de lo humano a todas las fuerzas del voluntariado, a quienes dirijo mi estima y mi agradecimiento. Gracias a su compromiso, Pavía es próspera, no solo en bienes, sino también en virtudes: ¡honren siempre la dignidad de toda vida humana! La cruz, que figura en el escudo de su ciudad, es mucho más que un símbolo heráldico; es una síntesis cultural: nos recuerda que la historia de Pavía está anclada en el valor universal del amor cristiano; y es una historia que debemos escribir juntos, ejerciendo una memoria creativa en la colaboración entre ciudadanos y asociaciones, entre la Iglesia y las entidades públicas, entre generaciones y culturas.

Queridas hermanas y queridos hermanos, al tiempo que invito a cada uno de ustedes a dar lo mejor de sí mismo por el bien de todos, les imparto de todo corazón mi bendición a ustedes, a sus hogares y a sus familias. ¡Gracias!

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro, domingo, 21 de junio de 2026

No mirar a otro lado ante quien busca protección y seguridad

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo! En el Evangelio de la liturgia de hoy (Mt 10,26-33) Jesús, al enviar a los discípulos a la misión, les dirige esta exhortación: «Lo que les digo en la oscuridad, díganlo a la luz, y lo que les digo al oído, pregóñelo desde la azotea» (v. 27).

Establece una relación entre lo que escuchamos “al oído”, es decir, en lo secreto del corazón, y lo que estamos llamados a proclamar a todos, recordándonos que el anuncio del Evangelio es ante todo compartir un encuentro personal con Él, único para cada quien.

La fuerza del apostolado, más allá de las técnicas y los instrumentos, se basa en la obra del Espíritu Santo en nosotros y en la autenticidad de nuestra

respuesta. Santo Tomás de Aquino hablaba de la predicación como la transmisión a otros de lo que hemos contemplado: “contemplata aliis tradere” (cf. Summa Theologiae, III, q. 40, a. 1, ad 2).

Sin embargo, no hay que pensar en el “contemplar” como una experiencia exclusiva, reservada a algunos santos o a los monjes y a los ermitaños. Todos podemos hacerlo, esforzándonos por dedicar, entre los compromisos de cada día, momentos de quietud para permanecer en silencio ante Dios, escuchar su voz, encomendarle nuestras alegrías y nuestras preocupaciones, y revisar con Él nuestra vida. Esto nos hace, cada vez más, personas de fe sólida y consciente, y por consiguiente apóstoles creíbles y libres, hombres y mujeres capaces de reflejar la luz del Evangelio en todos los ambientes y en todas las situaciones de la vida, testimoniándolo también allí donde su valor no es comprendido ni es aceptado.

San Mateo —autor del pasaje bíblico al que nos referimos—escribía para comunidades que no tenían una vida fácil. Debían afrontar hostilidad y persecuciones, como sucede aún hoy a muchos cristianos en tantos lugares de la tierra, y además había una gran tentación de desanimarse y dejarse vencer por el cansancio o el miedo.

Tanto hoy como ayer, es difícil permanecer fieles a las enseñanzas de Jesús y anunciar su Palabra: responder al odio con el amor, a la prepotencia con la mansedumbre, al desánimo con la perseverancia. Por eso es necesario que profundicemos en las raíces de nuestra fe y de nuestra misión en una relación intensa con Él (cf. Francisco, Exhort. ap. Evangelii gaudium, 8). Esto nos da la fuerza para no rendirnos y seguir transmitiendo a todos, en cualquier circunstancia, su mensaje de esperanza, de amor y de paz. ¡Al mundo le hace mucha falta!

Que la Virgen María nos ayude a ser discípulos misioneros del Señor Jesús, cada uno conforme a su propia vocación.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer se celebró el Día Mundial de los Refugiados, promovido por las Naciones Unidas, conmemorando el 75 aniversario de la Convención sobre el Esta-

tuto de los Refugiados, que fue establecida con el fin de proteger a quienes son perseguidos y se ven obligados a abandonar su tierra, su hogar y su familia. Espero que el espíritu que inspiró la elaboración de este importante instrumento internacional siga iluminando hoy en día las conciencias de los responsables de las naciones. Nadie puede mirar hacia otro lado ante quienes buscan protección y seguridad. Exhorto a todos, además, a acoger a quienes son víctimas de persecución, para que puedan vivir en paz, con dignidad, y mirar al futuro con esperanza.

Quisiera saludar a los miembros del Diálogo Internacional Católico-Pentecostal. “La Iglesia cree como ora”, y reflexionar juntos sobre el principio «lex orandi, lex credendi» resulta especialmente relevante en la actualidad.

Saludo con afecto a todos ustedes, fieles de Roma y peregrinos procedentes de distintos países.

Pensando en los peregrinos que han venido de Brasil, les aseguro mis oraciones por los jóvenes que fallecieron hace unos días en un accidente vial en el estado de Ceará.

Saludo a los jóvenes confirmandos de dos parroquias de Ozieri, en Cerdeña.

¡Feliz domingo para todos!

DISCURSO DEL PAPA A LOS MIEMBROS DE LA FUNDACIÓN JÉRÔME LEJEUNE

Sala del Consistorio, lunes, 22 de junio de 2026

La medicina nunca podrá hacerse sierva de la muerte programada

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,

¡La paz esté con ustedes!

Estimados miembros de la Fundación,
estimados familiares del venerable profesor Jérôme Lejeune,
estimados amigos,
es un gozo celebrar con ustedes el centenario del na-

cimiento de Jérôme Lejeune, miembros de la Fundación que lleva su nombre y que continúa su obra.

Conmovido por el sufrimiento de los niños con discapacidad, el profesor Lejeune les dedicó su vida como investigador científico. Su descubrimiento más famoso, el de la anomalía cromosómica responsable de la trisomía 21, lo convirtió en el precursor de la genética moderna, reconocido en todo el mundo; la extensa lista de sus títulos honoríficos da fe de ello. Pero también fue médico por vocación y nunca dejó de trabajar para encontrar una cura, con el fin de aliviar el sufrimiento de sus pacientes, a quienes llamaba «los pobres entre los pobres». Defendió con fervor la vida y la dignidad de los más frágiles, incluso a costa de su propia carrera: «La medicina –le gustaba decir– es el odio a la enfermedad y el amor al enfermo».

Consciente de la excelencia académica del profesor Lejeune y de su incansable dedicación a la Iglesia, el Papa San Pablo VI lo nombró miembro de la Pontificia Academia de las Ciencias. Posteriormente, como saben, su profunda amistad con San Juan Pablo II y su visión común a favor de la defensa de la vida estuvieron en el origen de la creación de la Pontificia Academia para la Vida, que el profesor Lejeune consideraba una institución necesaria ante la multiplicación de las amenazas contra la vida.

Hombre de ciencia y sabiduría, Jérôme Lejeune comprendió pronto que su descubrimiento científico se utilizaría para eliminar a las personas con síndrome de Down antes de su nacimiento. No dudó entonces en convertirse en su defensor, denunciando la violación del juramento hipocrático y esa nueva eugenesia que él definía como «racismo cromosómico». Sus intervenciones proféticas lo llevaron a defender la vida de todo ser humano en nombre de la dignidad inviolable que tiene su origen en el acto creador de Dios. A este respecto, se dirigió a instituciones y gobernantes de todo el mundo para ofrecerles su consejo. Esa lucha le valió duras críticas en ciertos círculos científicos.

El profesor Lejeune era consciente de que, si bien la tecnología puede ayudar a la medicina, no puede, sin embargo, sustituirla. Sabía además que la tecnología puede utilizarse en contra de la medicina

—que, por naturaleza, está al servicio de la vida—, como ocurre cuando la tecnología escapa a todo control ético indispensable y cuando prevalecen los cálculos de eficacia, rentabilidad o utilidad. Pero el valor de la persona no depende de lo que realice o produzca. ¡Por eso un médico nunca debería permitirse, basándose en algoritmos de laboratorio, decidir sobre la vida de un embrión determinado o de una persona de la tercera edad determinada! ¡La medicina nunca podrá convertirse en sierva de la muerte programada!

Estimados amigos, hoy la Fundación Lejeune, de la cual ustedes son miembros activos, continúa la labor iniciada por el profesor Lejeune en las tres dimensiones de la investigación, la atención médica y la defensa incondicional de la persona humana. Me alegra el lugar que ocupan a nivel mundial en la investigación sobre las discapacidades intelectuales de origen genético. También han creado y apoyado al Instituto Jérôme Lejeune, que brinda asesoría a miles de pacientes que padecen diversas discapacidades mentales.

Deseo expresarles mi aliento en su compromiso a favor de la vida y la dignidad humana, en particular ante las autoridades públicas. Sé que intervienen regularmente en los debates sociales con el fin de proteger a cada persona en todas las circunstancias de su existencia. Y sé que también se esmeran en promover la cultura de la vida a través de la Cátedra Internacional de Bioética, que ofrece formación académica a los distintos profesionales de este sector: personal de la salud, juristas y filósofos. Les agradezco esta formación que imparten a hombres y mujeres que, mañana, podrán así contribuir a garantizar una ética médica al servicio de la dignidad humana y de la vida.

A ustedes, queridos amigos con síndrome de Down y a sus familiares; a ustedes, hijos del venerable profesor Lejeune presentes aquí esta mañana; a todos ustedes, miembros de las Fundaciones Jérôme Lejeune de España, Argentina y Estados Unidos; y, por último, a ustedes, miembros venidos de Portugal, Italia, Túnez, Costa de Marfil y Corea, deseo expresar mi satisfacción por la labor que, como laicos, llevan adelante en la caridad de la verdad, siguiendo los pasos del venerable Jérôme Lejeune.

Sean ustedes, como él, testigos comprometidos en la sociedad, al servicio de la búsqueda constante del bien común. Este es el primer gran principio de la doctrina social de la Iglesia y de la «forma social» de la dignidad reconocida a cada uno (Magnífica humanitas, n. 59). El bien común no excluye a nadie de quienes han sido creados a imagen y semejanza de Dios.

El mensaje y la obra del venerable Jérôme Lejeune se basan en la universalidad de la razón y el corazón unidos. Que él inspire el valor de la verdad a los numerosos jóvenes y profesionales que anhelan la coherencia; que los ayude a unir, sin rigidez, la razón y la fe, la palabra y los actos, la ausencia de juicio sobre las personas y el rechazo a la mentira.

Los encomiendo a la intercesión de Nuestra Señora, pidiéndole que guíe sus pasos, que sostenga sus esfuerzos y que derrame su ternura sobre todas las personas vulnerables. A todos los aquí presentes les imparto de todo corazón mi bendición apostólica, que extendiendo a todos los miembros de la Fundación, a sus familias y a los «queridos protegidos» de Jérôme Lejeune.

Gracias.

DISCURSO EN LA SEDE DEL PROGRAMA MUNDIAL DE ALIMENTOS (PMA)

Sede del Programa Mundial de Alimentos (Roma), lunes, 22 de junio de 2026

Hambre y malnutrición son responsabilidades globales

Distinguidas autoridades,

Excelencias,

Señoras y señores,

quisiera agradecer a S. E. la señora Cindy McCain por su amable invitación a intervenir en esta reunión anual del Consejo Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas. Saludo en particular al señor Carl Skau, director ejecutivo ad interim, y a Su Excelencia la señora Carla

Barroso Carneiro, presidenta de esta importante asamblea. Extiendo mi saludo a los representantes de los Estados miembros, a los distinguidos invitados a este encuentro y al personal de esta institución intergubernamental, comprometida con salvar vidas en situaciones de emergencia y con proporcionar ayuda alimentaria en medio de conflictos y desastres naturales. El compromiso de su institución está en profunda sintonía con la misión de la Iglesia católica de defender la dignidad humana y promover la fraternidad, arraigada en el llamado evangélico a amar al prójimo (cf. Mc 12, 31). Juntos compartimos la tarea urgente de combatir el hambre y la desnutrición, abordando al mismo tiempo las causas estructurales subyacentes que las mantienen. Para llevar a cabo esta tarea de manera eficaz, debemos examinar los desafíos que se nos presentan, sus causas subyacentes y los caminos hacia soluciones duraderas.

Hoy en día, las crisis han pasado de ser eventos aislados a convertirse en realidades persistentes, caracterizadas por conflictos prolongados, inseguridad alimentaria crónica, volatilidad económica y vulnerabilidades climáticas crecientes. Esto plantea una pregunta fundamental: ¿qué configuración del orden global es capaz de producir, reproducir y, en ocasiones, normalizar tales condiciones? La cuestión ya no se limita a cómo intervenir; se extiende, más bien, a comprender por qué el sistema produce continuamente los mismos problemas que luego se ve obligado a corregir.

El orden internacional se ha vuelto cada vez más fragmentado, debido en parte a la crisis del sistema multilateral. Como señalé recientemente en la Carta Encíclica Magnifica humanitas, «Las instituciones creadas para salvaguardar la idea de un destino común de los pueblos y de un bien común a nivel mundial parecen debilitadas» (n.º 201). Ante la ausencia de un horizonte ético común capaz de sustentar una cooperación auténtica, el sistema internacional ha pasado del multilateralismo a «un multipolarismo desordenado y conflictivo, donde prevalece la desconfianza hacia el otro» (Ibidem). En consecuencia, los Estados han destinado cada vez más sus recursos a la seguridad nacional, al crecimiento económico y a la estabilidad interna, igno-

rando el estrecho vínculo entre estas cuestiones y la cooperación multilateral.

Esta tendencia revela una notable paradoja: una capacidad productiva global sin precedentes coexiste con zonas cada vez más extensas de extrema vulnerabilidad. Las mismas fuerzas que impulsan el crecimiento económico a menudo agravan la exclusión y la marginación. Aunque, en principio, aliviar el sufrimiento humano se reconoce ampliamente como algo esencial, las cuestiones humanitarias corren cada vez más el riesgo de quedar relegadas a un segundo plano entre las prioridades internacionales.

Es precisamente en esta brecha entre el reconocimiento de principio y la asignación de prioridades en la práctica donde asistimos a la progresiva burocratización de la solidaridad, junto con la silenciosa mercantilización de la vida humana. Por un lado, la acción humanitaria se ve cada vez más agobiada por procedimientos burocráticos que pueden retrasar la ayuda a quienes la necesitan. Por otro lado, el acceso a bienes esenciales, entre ellos los alimentos, se ve influido con demasiada frecuencia por consideraciones económicas o estratégicas. En consecuencia, quienes no generan un valor cuantificable corren el riesgo de volverse invisibles.

Esta doble dinámica plantea un serio desafío ético: la persona humana ya no ocupa sistemáticamente el centro de la acción internacional. En este contexto, es importante reconocer que «mientras las ayudas y los planes de desarrollo se ven obstaculizados por intrincadas e incomprensibles decisiones políticas, por sesgadas visiones ideológicas o por infranqueables barreras aduaneras, las armas no» (Papa Francisco, Discurso ante la sesión anual del Consejo Ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, 13 de junio de 2016). De hecho, los conflictos se «alimentan» con mayor facilidad de lo que se alimenta a las personas. Esta realidad refleja no solo las deficiencias operativas, sino también un desequilibrio fundamental en las prioridades políticas y morales.

Las consecuencias se extienden mucho más allá de las personas directamente afectadas. Además de ser una preocupación humanitaria, el hambre erosiona la cohesión social, aumenta el riesgo de conflicto y alimenta la migración forzada. Además, socava la capacidad de los Estados y las sociedades para

construir instituciones resilientes, brindar una educación eficaz y promover un desarrollo económico sostenible. Al hacerlo, perpetúa ciclos de fragilidad que, en última instancia, afectan a la comunidad internacional en su conjunto.

Desde este punto de vista, resulta evidente que la acción humanitaria no es ajena al orden internacional. Más bien, refleja la responsabilidad de la comunidad global de fortalecer la solidaridad, oponerse a la exclusión y reconocer la dignidad inherente y otorgada por Dios de cada persona humana. Más allá de la gestión de crisis, por lo tanto, las instituciones internacionales encarnan un principio de responsabilidad compartida y afirman que la comunidad internacional está unida por la preocupación por quienes se encuentran en las situaciones más vulnerables. En este sentido, el Programa Mundial de Alimentos es más que un actor político, económico o técnico; es una expresión concreta de solidaridad internacional. De hecho, allí donde las instituciones nacionales se retiran y las redes comunitarias se desintegran, su presencia contribuye a evitar que las crisis humanitarias degeneren hasta llegar a un colapso irreversible.

Por esta razón, es esencial un compromiso renovado con la cooperación multilateral. En un mundo cada vez más fragmentado y multipolar, ningún Estado por sí solo puede enfrentar los desafíos globales. Una paz duradera y un desarrollo humano sostenible e integral solo son posibles mediante la participación de todos, impulsada por un diálogo internacional auténtico y una cooperación orientada al bien común. Tal enfoque exige una firme voluntad política, capaz de trascender las perspectivas a corto plazo e invertir en bienes públicos globales. «Tal objetivo sólo puede alcanzarse mediante la convergencia de políticas eficaces y la implementación coordinada y sinérgica de las intervenciones. La exhortación a caminar juntos, en concordia fraterna, debe convertirse en el principio rector» (Visita a la sede central de la FAO en Roma, 16 de octubre de 2025, n.º 6).

Con este espíritu, deseo hacer un llamado a los gobiernos y a los pueblos del mundo para que renueven y refuercen su compromiso, aumenten los recursos destinados a la lucha contra el hambre y sus

causas profundas, y eliminen los obstáculos que impiden que la ayuda llegue a quienes la necesitan. Al mismo tiempo, dicho apoyo también debería consolidar el compromiso con la Iglesia y la sociedad civil. Fortalecer las capacidades de todos estos actores en su conjunto multiplicará nuestra eficacia colectiva en la lucha contra el hambre.

La implementación efectiva de este llamado exige la reducción de la burocracia innecesaria, de modo que la transparencia y la rendición de cuentas estén al servicio de las personas en lugar de obstaculizar la asistencia. En situaciones en las que los gobiernos carecen de un control territorial efectivo o en las que el acceso humanitario es limitado, los socios locales de confianza se vuelven indispensables. La Iglesia católica —a través de parroquias, diócesis, agencias de Cáritas y otras iniciativas confesionales— a menudo llega a poblaciones vulnerables en zonas inaccesibles para los actores internacionales. Por lo tanto, aliento al Programa Mundial de Alimentos y a sus socios a que continúen apoyando estos esfuerzos.

Es igualmente importante resistirse a la mercantilización de las necesidades humanas esenciales. El agua, los alimentos y la atención médica no pueden subordinarse a consideraciones de mercado ni a intereses geopolíticos. El acceso a una alimentación adecuada es un derecho humano fundamental arraigado en la dignidad de cada persona. Satisfacer esta necesidad no solo sirve para aliviar el sufrimiento, sino también para abordar las causas subyacentes de la inestabilidad geopolítica. De hecho, la seguridad alimentaria es un componente esencial de la seguridad global e integral.

En este sentido, es digno de elogio que, junto con las operaciones de intervención en situaciones de emergencia, el Programa Mundial de Alimentos amplíe su labor más allá de la ayuda inmediata, dedicándose también a iniciativas a largo plazo, como los programas que proporcionan comidas a los niños en las escuelas. Estas inversiones fortalecen la educación, el desarrollo humano y la resiliencia social, reflejando una visión integral del desarrollo humano que promueva la dignidad, las oportunidades y el bienestar de la persona en su totalidad.

Excelencias, queridos amigos, lo que está en juego

no es solo la eficacia de una agencia, sino también la credibilidad misma de la cooperación internacional. Su organización demuestra que es posible un camino renovado; sin embargo, esto exige la determinación de simplificar lo que se ha vuelto demasiado complejo, de dar prioridad a lo esencial y de garantizar que ninguna persona quede olvidada. De hecho, este compromiso se basa en el reconocimiento de que cada persona humana posee una dignidad inherente e inalienable que permanece intacta independientemente de las circunstancias, las condiciones o el estatus social. Arraigada en el amor incondicional e ilimitado de Dios, esta dignidad puede describirse como infinita, pues nada puede disminuir, borrar o negar su valor (cfr. la Carta Encíclica Magnifica humanitas, n. 53). Es precisamente en nuestra fidelidad a esta verdad donde se mide la humanidad de nuestras políticas y, con ello, el futuro de la comunidad internacional.

Con estos sentimientos, le pido a Dios que bendiga abundantemente sus esfuerzos, para que todos puedan recibir su pan de cada día y vivir con dignidad. Les aseguro mis oraciones por ustedes, por sus seres queridos y por aquellos a quienes sirven.

Gracias.

DISCURSO DEL PAPA A UN GRUPO DE
ESCRITORES, CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE
LA LIBRERÍA EDITORA VATICANA
Salita del Aula Pablo VI, miércoles, 24 de junio de 2026

Hace falta fantasía narrativa para crear espacios de libertad

¡Buenos días a todos y bienvenidos!

Me complace darles la bienvenida a ustedes, escritores y escritoras procedentes de tantas partes del mundo, reunidos en Roma con motivo del centenario del nacimiento de la Librería Editora Vaticana, la editorial de la Santa Sede, fundada en 1926.

Esta ocasión es propicia para reflexionar sobre la importancia del libro y de la escritura, una forma de expresión humana de la cual ustedes son, con su va-

riedad de estilos y lenguajes, maestros y modelos.

Escribir —tal como ustedes lo hacen— es un acto de verdad, de revelación. Escribir nos dice quiénes somos, en qué creemos y en qué esperamos, hacia qué mundo nos dirigimos, qué futuro soñamos. En esta búsqueda de la verdad, sentimos cómo la verdad es discreta, cómo se nos ofrece en el diálogo interior con Dios y en el diálogo abierto y respetuoso con el prójimo. «La verdad no es un territorio que hay que defender, sino un bien que hay que compartir» (Magnifica humanitas, 25). Nunca somos dueños de la verdad; es ella, más bien, la que nos “conquista”. Por eso les deseo que sean capaces de despertar el interés por la verdad, porque ustedes mismos se sienten atraídos por ella.

Escribir, además, es un gesto de humanidad. «Soy un ser humano y nada de lo que es humano lo considero ajeno a mí», argumentaba Terencio (El que se castiga a sí mismo, I, 1, 25). En la literatura se despliega todo el abanico de las experiencias humanas, hasta tal punto que el Papa Francisco ha recomendado su valor formativo: «Al leer un texto literario, se nos permite “ver también por otros ojos” (C. S. Lewis), ampliando la perspectiva que expande nuestra humanidad. De este modo, se activa en nosotros el empático poder de la imaginación, que es un vehículo fundamental para esa capacidad de identificarse con el punto de vista, la condición y el sentimiento de los demás, sin la cual no existe la solidaridad ni se comparte, o hay compasión ni misericordia» (Carta sobre el papel de la literatura en la formación, 34).

Al escribir sus historias y al esbozar a sus personajes, ustedes se identifican con ellos, captan sus puntos de vista, sus emociones, sus sentimientos, sus actitudes... En esto radica la gran escuela de humanidad que ustedes hacen experimentar a los lectores, porque quien lee, en cierto sentido, vive muchas vidas además de la propia. Y esto nos ayuda a descubrir la diversidad de puntos de vista, a no absolutizar el propio y a componer, como en un mosaico, el perfil de esa verdad que siempre nos supera.

Por último, la escritura concierne a Dios. Puede parecer una afirmación audaz, pero varios teólogos han reflexionado y escrito sobre la consonancia entre el arte de escribir y la revelación del Dios bíblico.

Es la estructura misma de la Revelación la que nos otorga la autoridad para hacerlo. Como escribió el cardenal Radcliffe: «Para los cristianos nada de lo que es humano es ajeno a Cristo. Todo intento de dar respuesta a las preguntas fundamentales de nuestra vida —cómo amar, ser justos, ser libres, enfrentar el sufrimiento y la muerte— nos ayuda a comprender a Cristo, aquel que es el más humano de todos» (T. Radcliffe, *Accendere l'immaginazione*, Verona 2021, p. 29).

Cuando llegamos al fondo de nuestra humanidad, no estamos lejos de Dios: es allí, en medio de historias muy humanas, donde Dios se revela. El Dios de la Biblia se manifiesta en la liberación de la esclavitud, en el nacimiento ya inesperado de un hijo, en el amor misericordioso y fiel. Habla a través de hechos y encuentros, rostros e historias. «Dios obra en nuestra vida a través de lo que hacemos y de lo que somos, y a través de las muchas personas con las que nos encontramos» (Libres bajo la gracia, Ciudad del Vaticano 2026, 83).

Por eso les repito a ustedes, escritores y escritoras, lo que San Pablo VI dijo a todos los artistas (Homilía, Misa con artistas, 7 de mayo de 1964): "Tenemos necesidad de ustedes". De su imaginación, de su fantasía narrativa, de su vivacidad de pensamiento. Los necesitamos para crear espacios de libertad y autenticidad, en los que la gracia divina pueda hacer resonar una promesa de consuelo y paz. Les agradezco cada vez que han sembrado semillas de reconciliación, de encuentro y de amistad.

Por eso los aliento en su labor y con gusto invoco sobre ustedes y sus seres queridos la bendición del Señor. ¡Gracias!

AUDIENCIA GENERAL

Plaza de San Pedro, miércoles, 24 de junio de 2026

El misterio eucarístico antídoto a las divisiones que amenazan al mundo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Seguimos con las catequesis sobre los documentos del Concilio Vaticano II, en particular sobre la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (SC) sobre la Liturgia.

Cuando san Agustín quiere explicar a los nuevos bautizados el misterio del Cuerpo de Cristo, retoma el pasaje de san Pablo que hemos escuchado: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (1 Cor 12, 27). Y añade: «Recibís el misterio que sois vosotros. A eso que sois, respondéis "Amén", y al responder (así) lo rubricáis. Escuchas, pues: "Cuerpo de Cristo", y respondes: "Amén". Sé miembro del cuerpo de Cristo, para que tu "Amén" responda a la verdad. [...] Sed lo que veis y recibid lo que sois» (Sermón 272).

Justo después de haber evocado la Última Cena de Jesús, la Constitución sobre la Liturgia habla de la Eucaristía con estos acentos agustinianos. Para los cristianos, formar parte de la mesa del Señor significa que «sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios» (SC, 48). Recibiéndolo en su Palabra y en la Eucaristía nos convertimos en lo que recibimos. Nos convertimos en el Cuerpo cuya Cabeza es el Cristo resucitado, sentado a la derecha del Padre (cfr Col 1, 18), el cual nos prepara un lugar en los cielos (cfr Jn 14, 3): la Eucaristía es así el sacramento del Reino que viene. Es el Pan del camino, que nos conduce hacia la Patria celeste, hasta el día beato en el que «Dios sea todo en todo» (1 Cor 15, 28).

La asamblea litúrgica ofrece el Sacrificio «no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él» (SC, 48). En esta perspectiva, la Eucaristía es la forma del sacrificio espiritual de los cristianos (cfr Hb 13, 16; Rm 12, 1), en cuanto camino de la unión con Dios y de la unión recíproca. Al participar en ella, aprenden a que «se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos» (ibid.). Así, incorporándonos a Cristo, la Eucaristía nos enseña a adoptar el estilo de vida del mismo Señor Jesús, marcado por el don gratuito de sí mismo. Este don nos hace entrar, por esto, en la dinámica de la unidad, que ofrece un poderoso antídoto a los fermentos de división que amenazan nuestro mundo,

nuestras comunidades, nuestras familias, nuestro corazón (cfr SC, 47).

Queridos, cuando participamos en la Eucaristía somos invitados a escuchar la Palabra de Dios y a nutrirnos en la mesa del Señor, donde Él mismo se ofrece al Padre. Estas dos partes de la Misa, la Liturgia de la Palabra y la Liturgia eucarística, «están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto» (SC, 56).

En lo que se refiere a la Palabra, es necesario recordar que no se trata solamente de adquirir un saber intelectual sobre las Escrituras, sino de recibir la Palabra «viva y eficaz» (Hb 4, 12), dirigida por Dios a todos y al mismo tiempo a cada uno, Palabra que nutre y alimenta junto al Pan eucarístico y nos hace pasar de la decadencia del pecado a la vida nueva en Cristo. «La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico» (Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. Verbum Domini, 55).

El Concilio Ecuménico II ha pedido: «ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura» (SC, 51). La reforma litúrgica ha traducido esta petición en ese tesoro que es el Leccionario, es decir, el libro que recoge todas las Lecturas bíblicas para las celebraciones litúrgicas. Tal amplitud se ha extraído de la fuente más pura de la Tradición viviente, que combina la «sana tradición» con «el camino a un progreso legítimo» (SC, 23).

El inicio del capítulo II de la Constitución sobre la Liturgia está entretejido con referencias al gran río de la Tradición, que va desde los Padres de la Iglesia hasta nosotros. Lo cito: «Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera» (SC, 47).

Queridos hermanos y hermanas, acudamos con fe a

esta fuente de vida divina y dejémonos transformar por el misterio que celebramos.

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Recibamos con fe los sacramentos y pidamos al Señor, que se nos da en la Eucaristía y en la Palabra, que transforme nuestra vida en Cristo y nos haga suyos. Que Él nos enseñe a participar, cada día con más fruto, de su presencia real, signo de unidad y vínculo de caridad. Que Dios les bendiga siempre. Muchas gracias.

DISCURSO INTRODUCTORIO DEL PAPA EN EL CONSISTORIO EXTRAORDINARIO

Aula Pablo VI, viernes, 26 de junio de 2026

La misión como fundamento de la Iglesia y criterio de discernimiento

Queridos hermanos cardenales:

Les doy la bienvenida y les agradezco de corazón que hayan aceptado una vez más mi invitación. Su presencia manifiesta la solicitud por toda la Iglesia que compartimos en el servicio al Pueblo de Dios y a la misión que el Señor nos ha confiado.

En el Consistorio del pasado mes de enero expresé un deseo sencillo: que estos encuentros nos ayudaran a aprender cada vez más a «trabajar juntos en el servicio de la Iglesia» y a proseguir «una conversación que me ayude en el servicio de la misión de toda la Iglesia». No eran solamente palabras introductorias. Sigo pensando que esta es una de las responsabilidades más importantes confiadas al Colegio Cardenalicio. También nosotros, como toda la Iglesia, aprendemos caminando. La comunión nunca es un resultado adquirido de una vez para siempre: sigue siendo una conversión cotidiana, que toma forma en la oración y a través de actitudes concretas, relaciones de confianza y disponibilidad

para escucharnos recíprocamente.

En estos meses he tenido ocasión de recordar varias veces que estamos llamados a ser constructores de la comunión de Cristo, una comunión que toma forma en una Iglesia sinodal en la que todos cooperan en la misma misión, cada uno según su propio carisma y su propio ministerio.

Como dije a la Curia Romana, esta comunión «se construye, más que con las palabras y los documentos, mediante gestos y actitudes concretos que deben manifestarse en lo cotidiano, también en el ambiente laboral» (Discurso alla Curia Romana en ocasión del saludo de Navidad, 22 diciembre 2025). No somos custodios de intereses particulares, sino «discípulos y testigos del Reino de Dios, llamados a ser en Cristo fermento de fraternidad universal» (ibíd.).

Por este motivo he deseado que nuestro trabajo se concentrara en cuatro temas profundamente vinculados entre sí.

En primer lugar, estamos invitados a contemplar el mundo en el que la Iglesia está llamada a anunciar el Evangelio. Antes de preguntarnos qué hacer, es necesario detenernos ante la realidad, mirarla con los ojos de la fe y dejarnos interpelar por la escucha de los hermanos. Como recordé hace pocas semanas, «Jesús camina por las calles, atraviesa las plazas, visita nuestros barrios, habita los lugares de nuestra vida cotidiana. Él es el Dios cercano que camina con su pueblo, el Señor de la historia» (Homilía en la “Plaza de Cibeles”, Madrid, 7 junio 2026). También hoy el Señor sigue precediéndonos en la historia, y la Iglesia está llamada ante todo a reconocer su presencia.

Después reflexionaremos juntos sobre la cultura del poder y la civilización del amor. Muchos de ustedes provienen de tierras marcadas por la guerra, la violencia, la polarización social o religiosa. Pero ninguno de nosotros es ajeno a las muchas formas de conflicto, de abuso y de fractura que atraviesan hoy nuestras sociedades. Por eso, el discernimiento que estamos llamados a realizar nos concierne a todos e interpela la misión de la Iglesia en cada contexto. La encíclica Magnifica humanitas nos ofrece algunas claves preciosas para leer este tiempo. Me interesa sobre todo escuchar cómo resuenan estas pági-

nas en sus Iglesias, qué interrogantes suscitan, qué perspectivas abren, qué pasos sugieren. En efecto, una encíclica continúa su camino cuando es acogida, interpretada y encarnada en la vida concreta de las Iglesias.

La tercera sesión profundizará nuevamente en la Magnifica humanitas, interrogándose sobre la contribución que la Iglesia puede ofrecer a la construcción del bien común. Vivimos en un tiempo en el que crece la tentación de la fragmentación y prevalecen fácilmente los intereses particulares. La Doctrina social de la Iglesia nos recuerda que el bien común no nace espontáneamente, sino que exige responsabilidades compartidas. Para la Iglesia, esto asume una forma muy precisa: un estilo sinodal al servicio de la misión del Reino. Lo recuerda la encíclica Magnifica humanitas en el n. 86, añadiendo que esto requiere atención al modo en que se toman las decisiones y se ejercen las responsabilidades, en la transparencia, la evaluación y la corresponsabilidad.

Finalmente, dedicaremos una sesión al camino de aplicación del Sínodo. Esta última sesión no abre un tema nuevo, sino que recoge y pone en relación cuanto habremos compartido en las sesiones anteriores. Ante las heridas del mundo, la construcción del bien común y la misión de la Iglesia, la sinodalidad indica un modo de proceder: escuchar, discernir y asumir juntos la responsabilidad de las decisiones que el Señor nos confía. La sinodalidad no es ante todo un conjunto de procedimientos; como he tenido ocasión de decir varias veces, la sinodalidad es una actitud, una apertura, una disponibilidad para comprender. A veces ha sido interpretada como una disminución de la autoridad. En realidad, nos ayuda a comprender más profundamente el significado de la autoridad misma, que existe para custodiar la comunión, favorecer la participación de todos y orientar el camino común de la Iglesia.

Estas cuatro sesiones encuentran su unidad en la perspectiva misionera que compartimos en el último Consistorio y que recordé en la carta del pasado mes de abril. No estamos aquí ante todo para reflexionar sobre la vida interna de la Iglesia.

Todos los temas que afrontaremos —la mirada sobre el mundo, la paz, el bien común, la sinodalidad—

convergen en una única pregunta: ¿cómo podemos ayudar hoy a nuestras Iglesias a anunciar el Evangelio con mayor fidelidad, libertad y credibilidad? La misión no es una de las muchas tareas de la Iglesia. Es su razón de existir y, precisamente por eso, se convierte también en el criterio que orienta nuestro discernimiento. Cuando aprendemos a escucharlos, a llevar juntos las responsabilidades, a reconocer la acción del Espíritu en las diversas Iglesias, no estamos solamente mejorando nuestro modo de trabajar; estamos llegando a ser una Iglesia más capaz de encontrarse con los hombres y las mujeres de nuestro tiempo y de darles testimonio de la alegría del Evangelio.

Por eso deseo pedirles una ayuda particular. El ministerio que el Señor me ha confiado no puede vivir en soledad. Necesita de su experiencia, de su sabiduría pastoral, de su conocimiento de las Iglesias y de los pueblos que les han sido confiados. Cuento con ustedes para que me ayuden a discernir lo que el Espíritu dice hoy a la Iglesia. Necesito su apoyo: fuerte, explícito y público. Necesito sentirme sostenido por ustedes como por hermanos.

Les pido, por tanto, que me acompañen no sólo en estos días de trabajo, sino también en el servicio cotidiano a la comunión de la Iglesia universal. Ayúdenme a escuchar lo que emerge en las Iglesias, a reconocer los signos de esperanza que a menudo crecen en el silencio, pero también a no ignorar las fatigas, las incomprensiones y las resistencias que pueden ralentizar el camino. Necesito su libertad, su franqueza y su lealtad. Un consejo sincero es siempre un acto de comunión.

Les pido además que sostengan, cada uno en su propia Iglesia y en su propio ministerio, este estilo de discernimiento eclesial. Sé que exige paciencia y que a veces suscita interrogantes. Sin embargo, estoy convencido de que el Señor nos está enseñando una manera más evangélica de vivir juntos la responsabilidad que nos ha confiado. También de esto dependen la credibilidad de nuestro testimonio y la fecundidad de nuestra misión.

Deseo, por tanto, animarlos a vivir con convicción el trabajo en los grupos. Sé bien que, para muchos de nosotros, no es el modo habitual de desarrollar un Consistorio. Y, sin embargo, también esto forma

parte del camino por el que el Señor nos está conduciendo. Naturalmente, quedará espacio también para las intervenciones personales y, como siempre, cada uno podrá hacerme llegar libremente observaciones o reflexiones reservadas. Pero les pido que entren con confianza en este ejercicio eclesial. También nosotros aprendemos la sinodalidad practicándola; aprendemos juntos a crecer en la comunión. Les agradezco desde ahora su disponibilidad, su libertad interior y su amor a la Iglesia.

Encomendemos estos días al Espíritu Santo, para que nos haga dóciles a su voz y nos conceda la gracia de buscar juntos aquello que mejor sirve al Evangelio y al bien del Pueblo de Dios.

Gracias.

CONCLUSIÓN DEL CONSISTORIO

EXTRAORDINARIO

Aula Nueva del Sínodo, sábado, 27 de junio de 2026

La violencia no tendrá la última palabra

Antes de pasar a la reflexión conclusiva, deseo expresar nuestra solidaridad, la mía y la de todo el Colegio Cardenalicio, con la población de Venezuela, duramente afectada por el violento terremoto de estos días. Les aseguramos nuestras oraciones por las víctimas, por sus familias y por todos aquellos que sufren las consecuencias de esta tragedia. Encomendamos también al Señor a todos quienes participan en las labores de socorro y pedimos que no falte la solidaridad de la comunidad internacional hacia esa querida nación.

Queridos hermanos cardenales, llegamos ahora al final de estos días con un sentimiento de profunda gratitud. Les agradezco la libertad, la fraternidad y el sentido eclesial con los que han participado en nuestros trabajos. Me llevo conmigo no solo el contenido de sus reflexiones, sino también la experiencia que las hizo posibles. En estos días hemos buscado juntos la voluntad del Señor, con la convicción de que Cristo sigue obrando en su Iglesia: es Él

quien nos precede, nos reúne, habla a través de los hermanos y nos guía en la misión. Todo nace de Él y todo vuelve a Él. Por eso, ver a cardenales procedentes de Iglesias, culturas y situaciones tan diversas escucharse mutuamente y buscar juntos lo que mejor sirve al Evangelio ha sido para mí motivo de consuelo y de esperanza.

Hemos iniciado estos días dejándonos guiar por la imagen del buen samaritano: un hombre que se detiene ante su hermano herido, se conmueve en lo más profundo de su ser y lo atiende. Ahora quisiera despedirme con otra imagen evangélica: la de los discípulos de Emaús. También ellos caminan marcados por la tristeza y la decepción, pero el Señor se hace su compañero de camino, escucha sus preguntas, les explica las Escrituras, enciende sus corazones y transforma su camino. Me gusta pensar que lo que hemos vivido en estos días también tiene algo de esta experiencia: hemos caminado juntos, nos hemos escuchado mutuamente y, si le hemos dado espacio al Señor, Él ha reavivado la esperanza en nuestros corazones y ahora nos envía de regreso a nuestras Iglesias para retomar el camino con una mirada nueva.

La reflexión final sobre el camino sinodal nos ha ayudado a releer lo que hemos vivido en estos días. Me parece que la pregunta sobre la sinodalidad no es, ante todo: “¿Quién tiene el poder de decidir?”. La pregunta es más profunda: “¿Cómo custodiamos juntos el don que el Señor ha confiado a su Iglesia?”. Cuando esta pregunta se convierte en el centro de nuestro discernimiento, también las cuestiones de la autoridad, la corresponsabilidad y las decisiones encuentran su lugar adecuado, iluminadas por la misión y la fidelidad común al Evangelio. Por ello, deseo confiarles una vez más el camino de implementación del Sínodo. Les pido que lo acompañen con convicción en las Iglesias a las que sirven, promoviendo una comprensión auténtica del mismo y animando a todos a participar en él: se trata de ayudar a nuestras Iglesias a crecer en un estilo cada vez más evangélico.

Les recuerdo, tal como lo hemos escuchado del cardenal Grech, que la sinodalidad no es un conjunto de reuniones, ni un método de trabajo. Es un estilo espiritual. Nace del encuentro, crece en la escucha y

madura en el discernimiento. La verdadera pregunta no es cuántas conversaciones sabremos organizar, sino qué calidad evangélica tendrán nuestros encuentros. Cuando nos escuchamos con humildad y libertad, dejando espacio al Espíritu, nuestras conversaciones no se quedan en un intercambio de ideas, sino que se convierten en un lugar de conversión, en el que crecemos juntos en la fidelidad al Señor.

Al pensar en las conversaciones de estos días, me quedo ante todo con la mirada con la que contemplaron el mundo en la primera sesión. Muchos de ustedes han relatado los sufrimientos provocados por las guerras, la violencia, la pobreza y las numerosas injusticias que marcan la vida de los pueblos. Sin embargo, no se han limitado a describirlos. Detrás de estos dramas han reconocido un sufrimiento aún más profundo: la soledad, la crisis de las relaciones, la pérdida de la esperanza, la dificultad de reconocerse mutuamente como hermanos y hermanas. Es una mirada que no aparta los ojos de las heridas del mundo, sino que busca sus raíces, reconociendo, a menudo ocultas en ellas, una renovada búsqueda de sentido, de autenticidad, de espiritualidad y de comunidad. Muchos buscan hoy esperanza y relaciones auténticas.

Me ha impresionado, en particular, la forma en que han hablado de los jóvenes. En sus preguntas, pero también en el sufrimiento que a veces los lleva hasta la desesperación —y en ocasiones hasta la desesperación extrema de quitarse la vida—, han reconocido una de las heridas más profundas de nuestro tiempo. Pero también han sabido reconocer en ello la acción del Espíritu. Su búsqueda de autenticidad, de relaciones verdaderas y de sentido nos recuerda que el Evangelio sigue respondiendo a las expectativas más profundas del corazón humano. Escucharlos a ellos y a sus familias con humildad es también un camino a través del cual el Señor sigue convirtiendo a la Iglesia.

Muchos de ustedes también han recordado a la familia. Allí donde se la apoya y se la acompaña, crece una escuela de relaciones, de solidaridad y de esperanza; allí donde está herida o aislada, toda la sociedad sufre las consecuencias. En octubre tendremos un encuentro con los líderes de las Iglesias orienta-

les y los presidentes de las Conferencias Episcopales para evaluar los avances logrados tras *Amoris laetitia*. También participarán algunas familias que compartirán sus experiencias. Su presencia es esencial; sin embargo, espero que todos los que asistan se preparen escuchando atentamente y aportando la experiencia de las familias de sus Iglesias.

De esta manera, han tratado de escuchar lo que las heridas del mundo revelan del corazón del ser humano. Es precisamente ahí, en el corazón, donde también se decide la paz. Antes de manifestarse en la historia, la guerra nace dentro de nosotros, cuando la desconfianza reemplaza a la confianza, el miedo a la esperanza y el otro es percibido como una amenaza. Pero es en ese mismo corazón donde Cristo sigue encontrándonos, hablándonos y convirtiéndonos. De un corazón reconciliado pueden surgir palabras desarmadas, nuevas relaciones y una paz capaz de llegar incluso a los pueblos.

La segunda sesión nos llevó a dar un paso más. Me parece que han captado con gran claridad una de las intuiciones de la Magnífica humanitas: la guerra no es solo un conflicto entre Estados. Nace mucho antes, de una cultura del poder que impregna nuestra forma de pensar, de vivir las relaciones, de ejercer el poder, de utilizar la economía, la tecnología e incluso la religión. Si esta es la raíz de la crisis, la respuesta exige reconstruir una cultura de la cooperación y del diálogo, capaz de dar nueva fuerza también al multilateralismo, para que los pueblos vuelvan a aprender a buscar juntos el bien común de toda la familia humana. En este camino, la contribución de los fieles laicos comprometidos en la vida pública es esencial: necesitan la cercanía y el apoyo de la comunidad eclesial para vivir la «caridad política» que ustedes han recordado. La misma cultura de la cooperación crece a través del diálogo ecuménico e interreligioso, que no atenúa nuestra identidad cristiana, sino que la hace capaz de servir conjuntamente al bien común y a la paz.

He encontrado particularmente valioso el modo en que algunos de ustedes han abordado el tema de la respuesta no violenta frente a las múltiples formas de violencia. Se trata de una forma profundamente evangélica de vivir la historia, fruto de la contemplación de la manera de actuar de Jesús. No consiste

en renunciar al conflicto ni en adoptar una actitud pasiva, sino en elegir enfrentarlo sin reproducir su lógica. No renuncia a la verdad ni calla el mal, sino que se niega a defenderla con violencia y a convertir al otro en enemigo: comienza por desarmarse a uno mismo. De este modo, revela la lógica de la Pascua, en la que el amor se manifiesta más fuerte que el odio y el perdón rompe la espiral de la venganza. Esta es la fuerza del Crucificado resucitado: una fuerza que no destruye al enemigo, sino que hace posible reencontrar a un hermano.

Desde esta perspectiva, varios grupos han destacado la oportunidad de continuar profundizando en el tema de la legítima defensa a la luz de las profundas transformaciones que se han producido en la naturaleza de los conflictos contemporáneos. Esta reflexión merece ser desarrollada aún más con el rigor teológico y pastoral necesario.

También he acogido con especial interés su insistencia en la Doctrina social de la Iglesia. Han expresado el deseo de que se convierta cada vez más en patrimonio vivo de nuestras comunidades, en criterio ordinario de formación de las conciencias y de discernimiento pastoral. Ella no ofrece soluciones preestablecidas, sino que educa a la Iglesia en una forma evangélica de vivir la realidad, interpretarla y orientar la acción de manera responsable.

También me ha llamado la atención otra convergencia. Muchos de ustedes han señalado que hoy en día el bien común no es simplemente un objetivo que hay que perseguir: es una realidad que debemos redescubrir juntos. Vivimos una época en la que resulta difícil incluso reconocer lo que es verdaderamente bueno para todos. Por eso, arraigada en Cristo, la Iglesia está llamada a cuidar los espacios de encuentro, de escucha y de diálogo en los que pueda madurar una cultura renovada del bien común. Esto exige también un laborioso trabajo educativo, que ayude a reconocer la dignidad inviolable de cada persona y la responsabilidad que nos une unos a otros. En este camino, los pobres no son solo destinatarios de nuestro cuidado, sino protagonistas de la esperanza que Dios sigue suscitando en la historia.

De muchas de sus reflexiones también surgió con fuerza otra convicción. Mientras nos preguntába-

mos sobre las responsabilidades de la Iglesia en el mundo de hoy, ustedes recordaron continuamente la importancia del testimonio, de la cercanía, de la formación de las conciencias y de la construcción de comunidades fraternas y creíbles. Este testimonio nace del encuentro con Cristo, de su Palabra y de los sacramentos, en los que el Señor sostiene a su pueblo y lo capacita para servir al mundo con la fuerza del Evangelio. La Iglesia está llamada a convertirse cada vez más en lo que proclama. Es sobre este fundamento que también las necesarias reformas de las estructuras, las instituciones y los procesos pueden dar fruto.

Así, estos días fortalecen mi esperanza. No solo por lo que hemos compartido, sino por la forma en que lo hemos hecho. En una época marcada por la polarización, incluso la manera en que la Iglesia escucha y dialoga se convierte en parte de su anuncio. Si sabemos seguir buscando juntos la voluntad del Señor, dejándonos guiar por el Espíritu Santo, estoy seguro de que nuestra comunión se volverá cada vez más fecunda para la misión de la Iglesia y para el servicio a toda la familia humana.

Creo que, poco a poco, estamos redescubriendo el significado más auténtico del Consistorio: la reunión del Colegio de Cardenales en torno al Sucesor de Pedro para que, en la escucha recíproca y en el discernimiento común, el Espíritu Santo ayude al Papa a guiar a la Iglesia. No es un parlamento, ni un congreso en el que prevalezcan opiniones o intereses, sino una experiencia de comunión al servicio de la misión. Lo que aprendemos a vivir en estos días no se refiere únicamente al Colegio Cardenalicio. Es un estilo que estamos llamados a promover en toda la Iglesia, para que cada bautizado, según su propia vocación y responsabilidad, participe en la construcción de la civilización del amor y en el servicio del bien común. Como ya les he adelantado, deseo continuar con esta cita anual también a partir del próximo año. Aún no he fijado la fecha: espero comunicársela hacia finales de este año.

Este Consistorio ha sido un momento valioso, pero no debe quedar como un evento aislado. En toda la Iglesia deseamos promover espacios en los que el Pueblo de Dios pueda escucharse, orar, discernir y caminar juntos. Esta es la esencia del proceso de im-

plementación del Sínodo. Este será también el espíritu del próximo encuentro dedicado a *Amoris laetitia* y de muchas otras iniciativas que el Señor nos pedirá que vivamos. Lo que importa no es multiplicar los encuentros, sino aprender a vivir encuentros en los que, al escucharnos mutuamente, aprendamos juntos a escuchar al Señor.

Antes de concluir, deseo acoger el llamado unánime que ha surgido de este Consistorio y hacerlo mío. Es más, me gustaría que lo hiciéramos juntos, a través de estas palabras. Digámoslo a nuestros hermanos obispos, a las Iglesias confiadas a nuestro ministerio y a todos los pueblos de la tierra: Dios desea la paz para cada nación y para cada pueblo. Por eso no debemos resignarnos a la violencia. La violencia no tendrá la última palabra. Dios sigue abriendo en la historia caminos de reconciliación y de paz. Tenemos la responsabilidad de recorrerlos con valentía y de ayudar al mundo a reconocerlos.

Hermanos, les agradezco de corazón su contribución, así como a los ponentes, a los moderadores y a todos aquellos que, con generosidad y discreción, han hecho posibles estos días de trabajo y de fraternidad. Gracias por haberme ayudado, una vez más, a reconocer la obra que Cristo sigue realizando en medio de su pueblo y en el mundo. Encomendemos los frutos de este Consistorio a la intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia. Que ella nos enseñe a custodiar la unidad en la diversidad y a servir al Evangelio de la paz con humildad, valentía y esperanza. ¡Gracias!

ÁNGELUS

Domingo, 28 de junio de 2026

La presencia cristiana en la historia nunca dominio sino servicio a la vida

Hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

También en el Evangelio de hoy (Mt 10,37-42), escuchamos algunas exhortaciones de Jesús para seguirlo y ser testigos de su Reino. No se trata de actos

exteriores, sino de comprometer todo nuestro ser en una relación de amor con Él. Y para dar fruto, el amor requiere al menos tres cosas: el desprendimiento, la pérdida y la hospitalidad.

Ante todo, el desprendimiento. Jesús dice: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (v. 37). En el momento en que comienza a enviar en misión a sus apóstoles, el Señor los quiere libres de cualquier atadura. Pero vale para todos el hecho de que también los afectos más importantes encuentran su plenitud gracias al amor que Cristo nos da. Pensemos, por ejemplo, en la vida matrimonial: sólo se la puede vivir plenamente “dejando” la casa de los padres (cf. Mt 19,6) para comprometerse en la relación conyugal. Pensemos también en el crecimiento de los hijos: se les ayuda a realizarse y a ser felices educándolos para valerse por sí mismos y tomar sus decisiones. Dice san Agustín: «Es cosa triste perder lo que amas; pero a veces también el agricultor pierde lo que siembra» (Sermón 330, 2). Sólo “perdiendo” esa semilla, arrojada en la tierra, podrá verla florecer.

En este sentido, el amor es también pérdida. Nos cuesta comprenderlo, especialmente en un mundo en el que perder parece ser una debilidad y se vive obsesionado por tener y poseer. Sin embargo, el amor da fruto sólo en la entrega: cuando estamos dispuestos a perder un poco de nuestro yo para hacer espacio al otro, a perder un poco de tiempo para escuchar a un amigo, a perder un poco de comodidad para compartir una situación de dificultad. Quien retiene la vida sólo para sí mismo —dice el Evangelio— en realidad la pierde (cf. v. 39), porque esta no se abre a la alegría del amor y se vuelve estéril. Por eso Jesús nos invita a abrazar la Cruz: Él se ofreció, se perdió a sí mismo y, precisamente así, nosotros hemos podido recibir su vida en abundancia. Del mismo modo, si vivimos en la lógica del don, también nosotros seremos capaces de engendrar vida nueva en nuestras relaciones.

Y finalmente, la hospitalidad. El amor, en efecto, se expresa en elecciones y acciones concretas, en un compromiso hecho de pequeños gestos cotidianos, como el de ofrecer un vaso de agua a quien tiene sed (cf. v. 42). Jesús, al enviar a sus discípulos delante de

Él, les pide que vayan sin provisiones, es decir, necesitados, porque de este modo podrán suscitar hospitalidad en aquellos que encuentren a su paso. Y así, recibiendo a quien viene en nombre de Jesús, lo recibe a Él y al Padre celestial que lo ha enviado. El amor al Señor pasa siempre por la manera fraterna en que acogemos a los demás.

Queridos amigos, recemos a la Virgen María, que amó a su Hijo sabiendo también perderlo; que ella nos ayude a ser testigos humildes y alegres del amor de Cristo.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Deseo expresar mi cercanía a las hermanas y hermanos venezolanos afectados por los recientes terremotos que provocaron numerosas víctimas y heridos, así como ingentes daños materiales. Mientras ruego al Señor por el eterno descanso de los fallecidos, renuevo mi cercanía espiritual a sus familiares, a los lesionados y a quienes han sido golpeados por esta tragedia. Así mismo, manifiesto mi gratitud y aliento a cuantos trabajan con generosidad en las labores de búsqueda y de asistencia.

Doy ahora la bienvenida a todos ustedes, romanos y peregrinos, agradeciéndoles por haber venido incluso con este calor.

Saludo a los fieles de la diócesis de Kumba, en Camerún y a todos aquellos de otros países.

Saludo a los jóvenes religiosos Camilianos; a los grupos parroquiales de Priolo Gargallo, Avola, Regalbuto y Bari; a los scouts de Rovereto y a los chicos de Mestrino, de la diócesis de Padua, que recibieron la Primera Comunión y la Confirmación.

¡Les deseo a todos un feliz domingo! Y nos vemos de nuevo mañana con motivo de la solemnidad de los santos Pedro y Pablo.

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE LOS SANTOS
APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

Basílica de San Pedro, lunes, 29 de junio de 2026

**Constructores de unidad por un
mundo en armonía**

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en una única solemnidad, conmemoramos a los santos Pedro y Pablo, patronos de la ciudad y de la diócesis de Roma: elegidos por Jesús, uno como pastor de su rebaño y el otro como apóstol de los gentiles. En ellos veneramos a dos pilares de la Iglesia. Pedro, custodio del Pueblo de Dios, aparece en numerosas ocasiones en el Nuevo Testamento comprometido con la preservación de la comunión entre los hermanos. Es él quien, en el lago de Galilea, tras una noche de trabajo aparentemente inútil, le dice al Maestro: «no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5), y se vuelve al mar llevándose también a los demás consigo. Es también él quien, mientras muchos se alejan del Señor tras el duro discurso sobre el Pan de vida, le dice al Mesías: «¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68), y permanece, junto con los otros once. Es aún él quien, en Cesarea, reconoce en Jesús al Hijo de Dios y se hace portavoz de todos en la profesión de la única fe, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. Mt 16,13-19). Además, después de la Resurrección, a orillas del lago, es el primero en llegar hasta Cristo, lanzándose al agua y adelantándose a los demás, nadando, para renovar humildemente su amor y recibir la confirmación de su misión (cf. Jn 21,1-17).

Pedro se mantiene fiel a esa misión, incluso cuando, por ejemplo, en Jerusalén, la cuestión de la admisión al bautismo de los paganos no circuncidados amenaza con dividir a la comunidad. Reúne a los hermanos, los escucha y, al final, guiado por el Espíritu Santo, toma la decisión, preservando la comunión e inaugurando una nueva etapa para todo el Pueblo de Dios: «creemos –afirma– que lo mismo ellos que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús» (Hch 15,11).

Esta grandeza de espíritu no significa que Pedro sea perfecto. Durante la Pasión, niega al Maestro, para luego derramar lágrimas sinceras de arrepentimiento (cf. Lc 22,54-62); y el propio Pablo, en otra ocasión, le reprocha la incoherencia de algunas de sus actitudes (cf. Ga 2,11-14). No obstante, sabe reconocer sus propios errores y arrepentirse, sin desanimarse y sin dejar de cumplir con la misión de anunciar el Evangelio y reunir al rebaño de Cristo, hasta

el martirio, que sufre precisamente aquí, en Roma, no muy lejos del lugar en el que nos encontramos. Esta fiel y paciente preocupación por la unidad queda bien expresada en el símbolo de las llaves, con el que a menudo lo identificamos (cf. Mt 16,19). Una llave no es para derribar las puertas, sino para abrirlas y cerrarlas, buscando en su interior las manivelas adecuadas y acompañando sus movimientos, para deshacer los bloqueos, deslizar las clavijas, y que las hojas giren libremente sobre sus bisagras, uniendo los espacios y convirtiendo tantas habitaciones aisladas en una única casa acogedora. Del mismo modo, la comunión, en la Iglesia, no se construye endureciéndose en las propias posiciones, sino buscando, en los corazones de todos, los puntos de encuentro en la Verdad, a cuya única luz todos se convierten en instrumentos de crecimiento para los demás. Desde esta perspectiva podríamos interpretar la misión que el Señor confió a Pedro y a sus sucesores, en beneficio de todo el Pueblo santo de Dios: escuchar, con su ayuda, las voces de cada uno; discernir las inspiraciones; guiar los caminos; corregir los errores; instruir, animar, exhortar y acompañar a los hermanos para que, dóciles a la acción del mismo Espíritu (cf. 1 Co 12,1-11), cooperen en la salvación unos de otros y de toda la humanidad. Pero el ejemplo de Pedro es también una invitación para que cada cristiano se convierta en artífice de la unidad, poniendo a Dios en el centro de su existencia y acercándose a los hermanos, atento a sus vicisitudes y a sus necesidades (cf. Francisco, *Catequesis*, 9 octubre 2024), para vivir con ellos en la caridad y así “llevar a cabo el anuncio del Evangelio” (cf. 2 Tm 4,17). Esta es también la enseñanza de Pablo, el otro gran apóstol al que celebramos hoy, incansable anunciador de la Buena Nueva. Él también tiene sus símbolos distintivos: el libro y la espada, estrechamente unidos entre sí. El autor de la Epístola a los Hebreos, lo explica bien cuando escribe que, «la palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo», capaz de penetrar «hasta el punto donde se dividen alma y espíritu» y de discernir «los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12).

Es lo que Dios obró en el corazón del joven Saulo, conquistándolo (cf. Flp 3,12) y llevándolo primero a

convertirse al Evangelio, adoptando un nuevo nombre; luego, a anunciarlo por todo el mundo; y, por último, a testimoniarlo como Pedro, en esta misma ciudad, hasta el punto de entregar su vida. El Apóstol de los gentiles se dejó transformar por el poder de la Palabra de Dios, que lo alejó de la violencia para conducirlo por el camino del amor.

San Agustín, al comentar su conversión y su misión, decía: “Cuando iba de camino a Damasco y bufaba amenazas y muerte, lo llamó la voz celeste (cf. Hch 9,1-7), lo abatió la Palabra” (cf. Sermón 299/A aum., 6). Y añadía: «Hizo predicador de la paz al perseguidor de la Iglesia, perdonó todos sus pecados, lo puso en un puesto tal, que por medio de su persona quedasen perdonados los de los otros» (ibíd.).

Queridos hermanos, hoy es importante fijarnos en estos dos santos —Pedro y Pablo— para comprender cómo podemos ser, también nosotros como ellos, apóstoles y artífices de la unidad, servidores generosos de la verdad en la caridad. Es precisamente con este espíritu con el que nos disponemos a celebrar el antiguo y evocador rito de la entrega de los palios a los arzobispos metropolitanos. Esta banda de lana blanca adornada con cruces expresa el compromiso de todo pastor —pero también el de todo cristiano— de llevar sobre sus hombros a los hermanos y hermanas que le han sido confiados, como auténticos corderos del rebaño del Señor, y de sacrificar por ellos energías, tiempo, esfuerzo e incluso la vida, para que el Evangelio llegue a todos y el mundo entero encuentre en él armonía y concordia (cf. Const. past. *Gaudium et spes*, 38).

Con estos sentimientos, me complazco en dirigir mi cordial saludo a los miembros de la Delegación del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, enviada por nuestro muy querido hermano Su Santidad Bartolomé y encabezada por Su Eminencia Emmanuel, metropolitano de Calcedonia.

Roguemos a los santos Pedro y Pablo para que nos sostengan en el camino de la comunión, siguiendo las huellas del Salvador. Es el camino que Él nos ha marcado, aquello por lo que oró al Padre en la Última Cena (cf. Jn 17,21-23), la meta que nos ha enseñado a anhelar con esperanza confiada (cf. Benedicto XVI, Homilía en la Misa con imposición del palio a los nuevos metropolitanos, 29 junio 2012).

CARTA DEL PAPA AL REVERENDO PADRE DAVIDE PAGLIARANI SUPERIOR GENERAL DE LA FRATERNIDAD SACERDOTAL SAN PÍO X

Al Reverendo

Padre Davide Pagliarani

Superior General

de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X

Con ánimo paterno deseo dirigirme a usted y, por su medio, a los obispos, a los sacerdotes, a los seminaristas y a los fieles vinculados a la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, consciente de la responsabilidad que el Señor me ha confiado como Sucesor del Apóstol Pedro.

La Iglesia reconoce la adhesión a la vida litúrgica, el compromiso en la formación sacerdotal, el celo apostólico y el deseo de fidelidad a la Tradición que caracterizan a muchas personas y comunidades afines a esa Fraternidad. Lo antes dicho ha motivado una actitud de atención y benevolencia que mis Predecesores les han manifestado constantemente.

Con este espíritu, y lleno de afecto cristiano, les ruego y les pido con todo el corazón: ¡Den marcha atrás! Los exhorto a que consideren atentamente el bien espiritual de los fieles, porque el acto cismático que llevar a cabo los privaría de la recepción lícita y, en algunos casos, incluso válida de los sacramentos que ellos aman y buscan para la propia santificación.

La Iglesia está dispuesta a un camino de diálogo y entendimiento que el Espíritu Santo puede hacer posible y fecundo.

Ruego por ustedes, porque desgarrar la Túnica inconsútil de Cristo es un pecado de extrema gravedad. El Señor ilumine sus conciencias y mueva sus corazones. Por la autoridad recibida de Cristo, con el alma afligida, pero aún llena de esperanza, tengo el deber de pedirles que desistan de su intento y confío estas plegarias al Corazón Inmaculado de María, Madre del Buen Consejo.

Vaticano, 29 de junio de 2026, Solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo.

LEÓN PP. XIV



*El Papa León XIV pronuncia un discurso
en la sede del Programa Mundial de Alimentos
en Roma, el 22 de junio de 2026*